

aquel jóven; y aunque tímido tiene precision de salirle al frente.

Recuerda Daldal al distinguirlo, el odio que aquel viejo habia profesado á su madre; este recuerdo acaba de inflamar su ánimo; y despidiendo fuego por los ojos, le dispara el djerid con tal certeza, que le atraviesa el pecho de medio á medio.

La tribu vacilante entre dos partidos se decide entonces: quiere vengar la muerte de su Jefe, acomete á Daldal, pero montando este su caballo Koclár (1), ligero como el viento, impetuoso como las tempestades, se perdió al instante por los arenales del desierto.

El jóven árabe se dirigia á la Meca, á visitar la Cahaba, templo principal de Mahoma; y á hacer profesion del islamismo.

No pasó mucho tiempo sin que se encontrara en la patria del Profeta. Se presentó desde luego al Iman; le refirió toda su historia; y al decirle que queria hacerse musulman; lo estrechó aquel cariñosamente entre sus brazos.

Lo primero que hizo nuestro viajero fué despojarse del traje de beduino. Rasgó el Habbá; y vistió el anchuroso calzon y la chaquetilla bordada. Al reverendo Keffié lo sustituyó el espacioso turbante de los mostaleichitas. Arrojó el djerid y el yagatan (2), y suspendió de su cintura una gruesa cimitarra.

Al verse Daldal con sus nuevas ropas, no pudo menos de reconocerse arrogante, y se sonrió con desden.

Pasados unos dias, que dejó trascurrir en la Meca, besó la piedra negra, recibió la bendiccion del Iman, y partió á donde su ambicion lo impelia, á apoderarse de la mágia del Egipto.

Despues de atravesar la calurosa Libia en su caballo, solo é impávido como el genio de los desiertos, descubrió por fin una tarde el Kaibar tan deseado.

Heria el Sol con sus últimos rayos las lustrosas azoteas de

(1) Nota 7.^a

(2) Nota 8.^a

la Ciudad; y esta se desplegaba vista de lejos, semejante á una banda de palomas blancas, que esperan la noche sobre una campiña verde.

—Llegó el árabe fatigado; y antes de tocar el arrabal, bastante distante del pueblo, tropezó con un cristalino arroyo que naciendo en un banco de arena, se deslizaba con suavidad ocultando su corriente en un bosque frondoso de aloes, de papiros y de tamarindos, junto al cual descansaba bajo una palmera, una jóven de diez y siete años, alta, flexible y morena, pero graciosa como todas las de Egipto.

—Cuando vió llegar á Daldal, se cargó la jóven en la cabeza un cántaro de agua, y se disponia á retirarse, pero él la detuvo diciendole, mientras se apeaba de un brinco:

—Herмосa egipcia, estoy fatigado; me quieres dar agua de tu cántaro?

—Sí; os daré á tí y á tu caballo, respondió con dulzura la egipcia.

Y despues que bebió Daldal, vació la restante en una pila de piedra que al efecto habia junto al arroyo, anadiendo:

—Aproxima tu caballo para que beba, porque segun parece está muy cansado.

El árabe la obedeció con gusto; y mientras ella llenaba segunda vez el cántaro en la fuente, le preguntó de nuevo:

—Oye egipcia:

La egipcia volvió con gracia la cabeza.

—Yo soy forastero, no he estado nunca en el Kaihar; podrás decirme si viven en él los descendientes del judio Lobeid?

—Si que viven; respondió sonriéndose la muchacha: vive la anciana Casia que es la hija mas instruida en la magia, y una sobrina de esta, nieta tambien de Lobeid, que se llama Raquel.

—Es jóven? preguntó el árabe.

—Tiene diez y siete años.

—Diez y siete años... repitió para si Daldal.

En ella se fijó desde luego su sagacidad.

—La conoces tu egipcia?

—Vaya si la conozco, y tú tambien.

—Yo tambien...

—Ya la has hablado alguna vez.

—Entonces eres tú.

—Yo soy Raquel, y tu esclava.

En la frente de Daldal brilló un rayo de ambiciosa alegría.

—Oye Raquel, prosiguió el forastero acercándosele al oído con misterio:

—Yo tambien se mágia, yo heabondonado mi patria, he atravesado la Arabia y la Libia solo por verte, y me encuentro en el Kaibar sin conocer á nadie, sin saber adonde ir; me quieres hospedar ésta noche en tu casa?

Aunque á Raquel no disgustó tal peticion, hecha por un jóven de hermoso talante, respondió bajando los ojos:

—Todo tu traje dice que eres musulman, y no se si mi tia se atreverá á cerrar en su casa un mahometano: sin embargo, si-gueme que yo trataré de convencerla.

Raquel echó á andar con el cántaro en la cabeza, y Daldal la seguia á alguna distancia con su corcel de la brida.

Una noche de esas hermosas de Egipto, en que el cielo se cubre de bellos colores, se habia apoderado de la naturaleza.

La perspicacia del árabe llegó á conocer que sus palabras penetraban algo mas adentro que en los oidos de aquella niña; y desde luego se propuso sacar gran partido de incidente tan favorable.

Lo que Raquel diria á su tia acerca del musulman no lo sabemos, solo si que cuando este llegó á la primera casuca del arrabal, baja de techo y miserable, donde la egipcia habia entrado; lo esperaba ya esta en la puerta, acompañada de una vieja alta, encorvada, de ojos hundidos y cabello blanco, la cual lo recibió, sino con dulzura, al menos sin repugnancia.

—Esta es mi tia, dijo Raquel gozosa de acogerlo en su casa.

Entonces entraron los tres, y el caballo en el portal.

Para qué hemos de detenernos en pormenores poco interesantes? Añadiremos solo, que Raquel, la nieta de Lobeid, que ya estaba iniciada en los secretos de la ciencia de su abuelo, ante quien todos los magos del Oriente rendian la rodilla; no pudo librarse con su mágia de ese fuego oculto que abrasa los

corazones; de ese mar tempestuoso que no reconoce diques; de ese huracan furioso que sacude con igual violencia, los arenales del Asia, que las playas de Africa, que las ciudades de Europa; DEL AMOR.

Raquel amaba tiernamente á Daldal desde el momento que lo vió: y de qué no es capaz una mujer enamorada?

Habian trascurrido ocho dias.

La noche del último le dijo el árabe estrechandole con cariño la mano:

—Llegó el momento, amiga, que tantas veces me has prometido; nunca mejor que ahora puedes cumplir tu juramento: tu tia duerme; la noche está oscura; y la oscuridad protege nuestra fuga. Voy á ensillar mi caballo, que esperará en la puerta; tu me abres en un momento los secretos de Lobeid; yo te pago con un afecto sin límites y partimos veloces á propagar tu mágia por el mundo.

Raquel tembló un instante, pero Daldal la estimuló con sus caricias, y ella cedió.

A los cuatro minutos el árabe y la egipcia salian por la puerta con cuidado. Dieron la vuelta á la casa, y Raquel se metió á gatas por una espesura de papiros y tamarindos. Daldal hacia lo mismo.

Luego que tropezaron con una enorme peña, bajó Raquel un resorte, y girando la peña sobre artificioso eje, dió entrada á los dos amantes por una escalerilla angosta.

Raquel volvió á cerrar la piedra, y al punto se encontraron en una cueva redonda, abierta á pico, cuyo diámetro tendria veinte piés.

Profundo subterráneo donde cosas muy maravillosas en remotos tiempos habian sucedido.

En una socarrena ó agujero abierto á pico en la pared, á la altura de dos varas, ardía en un pocillo de aceite una mecha de amianto que derramaba su pálida luz sobre aquella lóbrega mansion.

A la izquierda de la entrada que han traído nuestros amantes, habia una puertecita de hierro cerrada, que comunicaba con la casa ó habitacion de Cassia.

Al derredor se descubrieron muchas alacenas con las puertas entornadas:

En medio nacia una mesa de la misma roca; y por el suelo se veían escorias de diferentes metales derretidos.

—Esta es la cueva de Lobeid; dijo Raquel al entrar.

Y la palabra «Lobeid» resonó oscilante en la bóveda.

Daldal quedó sobrecogido á vista de tales aparatos. Y entonces recordó de un golpe todo lo que habia leído con relacion á la sabiduría del judío.

—Mira, prosiguió Raquel tomando á Daldal de la mano, y reclinándose sobre la mesa: Lobeid exigió diez años de pruebas para revelar sus secretos á su hija; esta me exigió otros diez para revelármelos á mi; y para comunicármelos yo á ti, me contento con seis dias de amor: juzga de aqui si será vehemente el que yo te profeso.

El árabe callaba. Estaba anonadado.

—Me amarás? volvió á preguntar Raquel.

—Te amaré; respondió Daldal.

Entonces la egipcia abrió una alacena; y sacó una caja de ágata que colocó sobre la mesa, diciendo:

—He aqui la cuerda invisible de los once nudos.

Daldal abrió los ojos desencajadamente y esperaba con impaciencia que Raquel levantara la tapa. Cuando esto ejecutó, vió el árabe un cordon rollado que tenia once nudos.

El avaro que despues de largo tiempo encuentra su diuero que ha perdido; el alquimista que consigue al fin ver nacer el oro entre sus manos; no experimentan una emocion tan grande como la que esperimentó Daldal, cuando miró por primera vez la cuerda de los once nudos.

Raquel sacó luego de otra alacena un rollo de papiro, ó sea papel del Africa, y desplegando una hoja escrita:

—Aqui está, dijo, el fundamento del sistema de Lobeid.

Hubo un instante de silencio, durante el cual se debilitó, la luz sensiblemente, y pareció como escucharse en el fondo de la cueva el hálito del espíritu infernal que presidia aquella escena.

—Este papel oculto en esta miserable cueva, prosiguió la

jóven, es el que tanto ruido ha ocasionado en el Oriente. Fácil y sencillo y brebe en su forma, encierra en su esencia secretos tan profundos, que no bastarán acaso á desentrañar las vidas sucesivas de muchos sabios.

Daldal se hallaba estasiado.

La cueva favorecía á ello; alumbrada por la luz rogiza del amianto, parecían él y la judía dos sombras animadas en una fantasmagoría de fuego.

—Toma; dijo la jóven; lee.

El árabe tomó en sus manos convulsas el papel, y lo miró con ojos de avidez: decia así:

Un cielo estrellado es el libro de los secretos: el que lea en él leerá en el porvenir.

Mas abajo continuaba.

Los secretos mas profundos de la naturaleza están representados por grupos de astros. El que descifre los grupos de astros, poseerá la ciencia de los secretos.

Daldal hubiera permanecido meditabundo, á no distraerlo Raquel entregándole un pergamino que contenia la siguiente sentencia en caracteres hebreos poco inteligibles:

Egipto es el pais mas apropósito para dedicarse al estudio de la mágia; su cielo contiene grandes misterios.

—Ya has visto las tesis fundamentales que simbolizan la ciencia tan temida de Lobeid, continuó Raquel; ellas son el cimiento sobre que ha sido formada la cuerda de los once nudos. El nudo par no representa misterio, ni exige estudio el ponerlo. Cada nudo impar tiene su virtud particular; y acumula en su formacion los desvelos de dos ó tres sábios consecutivos. Con el nudo onceno, que hoy tiene la cuerda, se mata una persona sin mas que rodearsela al cuello. Pero este no es su estado de perfeccion. Cuando un Elymas consiga el nudo trece, y la atase al cuello de alguna persona, le obligará á vivir invisible

en un subterráneo, gozando ó padeciendo, segun agradasse al Mago, y los siglos que este quisiese; pero la cuerda acaba entonces su virtud, por lo cual tampoco tal estado es el perfecto. El estado perfecto se consigue en el nudo quince. Llegado aquel caso basta tocar una persona para infundir en ella una vida eterna. El mundo se hace inmortal, y el Mago que fué destinado á esas maravillas, adquiere un poder y una prevision mayor que la del mas grande de los profetas.

Daldal escuchaba sin pestañear. Y la luz fatídica del amianto hacia vacilar en el fondo de la cueva las dos sombras humanas que proyectaba con su fatídico fulgor:

—El dia mismo en que la cuerda cuente los quince nudos, prosiguió Raquel con soltura; resucitarán todos los sabios que han consumido su vida en su trabajo: y todos disfrutarán en la tierra, pero en paises de mortales no pisados, las suavísimas delicias del Paraiso. Mas ay! asienta en tu memoria estas palabras terribles, que Cassia asentó en la mia «Si algun Elymas, movido de venganza, de envidia ó de amor, empleara la cuerda en sus trece nudos para inmortalizar á una persona, lo conseguirá si: pero anatema cae sobre su alma: destruye su virtud, y se hace responsable de la vida de todos los Magos que han sucumbido trabajando en el problema de la verdad. ¡Anatema sobre él y sobre su generacion!» dijo Lobeid.

Y la palabra «anatema» pronunciada con la fuerza que Satan inspira á sus secuaces, retumbó amenazadora en las bóvedas de la caverna.

—Para alcanzar el nudo trece cuyo empeño vamos á emprender nosotros; prosiguió la Judía dejando el tono solemne que habia tomado gradualmente, y volviendo á su natural dulzura; para conseguir el nudo trece, hay que resolver tres problemas escritos en el cielo.

1.º *Encontrar en la multitud de estrellas que esmaltan el firmamento, la constelacion, el simbolo que lo envuelve.*

He aquí el mas difícil.

2.º *Desentrañar por medio de anagramas, la significación que encierra el símbolo.*

5.º *Ejecutar al fuego del azufre las elaboraciones que aquel prescriba.*

—Esto dijo Lobeid á Cassia hablando verdad, y Cassia á mi. La solución de cada uno de los tres problemas consumirá la vida de un sabio: pero su muerte será premiada cuando la cuerda llegue á estado de perfección. Una prueba hay para saber si la cosa está bien: esta prueba es añadirle el nudo y tener firme voluntad de hacerla invisible. Si así se consigue; se ha resuelto el problema.

—Guay de mí! exclamó Daldal frenético de alegría: ya poseo los secretos profundos de Lobeid.

—No; contestó Raquel sonriendo levemente: todavía no sabes nada: tu ignorancia es tan grande como cuando has entrado en la cueva; pero al instante vas á salir de ella.

—Como es eso... dímelo pronto por Alá...

—Me amas? preguntó Raquel con inocencia.

—Mas que á mi alma; respondió Daldal con frenesí.

Entonces se acercó á él la Egipcia, y tomándole las manos en ademan cariñoso le dijo:

—Pronuncia, como yo la pronuncio, la palabra JEHOVÁ (1).

Y la espresó de un modo particular y misterioso.

Daldal la repitió lo mismo que ella.

—Ahora ya sabes tanto como Lobeid. Haz la prueba.

—Y cómo se hace esta prueba? preguntó el arabe azorado.

—Toma la cuerda de un extremo y quiere hacerla invisible.

El árabe hizo todo lo que decia Raquel, y todo surtió como él lo deseaba.

—Lo ves? dijo la egipcia sonriendose: el amor ha violado mi juramento; el amor ha puesto en manos de un musulman lo mas precioso de los judíos.

Iba á abrir otra alacena, pero se oyó ruido en la puerta que

(1) Nota 9.ª

comunicaba con la habitacion de Cassia; y Raquel exclamó asustada:

—Mi tia. Somos perdidos.

—Huyamos; dijo Daldal agitado.

—No; salte tú por el agujero y espérame fuera: al instante te sigo.

Daldal obedeció á la jóven; y apenas habia penetrado en el agujero, cuando Cassia se presentó en la otra puerta hecha una arpia rabiosa.

Su rostro estaba lívido; su cuello estirado; sus tendones convulsos; sus dedos crispados; sus ojos encendidos; sus canas tiesas.

Cuando pisó la cueva dió un chillido; ó mas bien un silbido de serpiente, gritando desenfrenada:

—No me ha engañado mi corazon...

Raquel la miraba como el pájaro mira al gavilan que lo acecha.

—¿Dónde está el árabe? exclamó agarrándola del brazo: ¿dónde está la cuerda de Lobeid?

Y la tiró bruscamente contra una peña que habia en el suelo.

—Piedad... murmuró Raquel.

—Piedad... repitió la vieja con ironia: todo lo sé; todo lo he visto...

En seguida furiosa como un energúmeno, sacó un cuchillo del seno; y lo hincó con fuerza en el cuello de Raquel.

Raquel dió un agudo chillido y la sangre roja brotó á borbotones de la herida.

—Una víctima... gritó la vieja frenética, respondiendo á este chillido; una víctima que chille pide mi corazon...

Y el eco de la cueva repitió «corazon...»

—Chilla... chilla... gritaba la vieja con estentórea voz...

Y la jóven chillaba; y la sangre saltaba húmeante, y sus músculos se estremecian, y la vieja recibía con satánica sonrisa aquella sangre en una cacerola de cobre, de las muchas que habia tiradas por el suelo, para el estudio de la mágia:

Esta escena terrible duró algunos momentos.

Y la vieja convertida en un ser infernal, se complacia en los tormentos de la víctima... escuchaba con anhelo sus últimos gemidos, y le dirigía una constante mirada de sabrosa venganza...

Y la luz sulfurosa de la caverna, se hacía mas imponente... mas apagada.

Cuando la herida acabó de dár sangre; cuando el corazón de la infeliz niña cesó de palpar; cuando su pecho exhaló el postrimer suspiro; prorumpió la vieja en una estrepitosa carcajada.

Luego se levantó temblorosa; se paró junto á la víctima; fijó en ella sus ojos de una manera indecible; y la víctima... yacía inmóvil, lánguida y descolorida... sobre la peña en que la habían sacrificado.

Entonces Cassia tomó la cacerola con la mano izquierda y con la derecha comenzó á rociar lentamente las paredes de la cueva con la sangre, mientras repetía en tono solemne, el siguiente y profético anatema.

—*Esta sangre derramada, lava la afrenta que se ha hecho á la cueva de Lobeid...*

Después de un instante de silencio que trascurría sin interrumpir la funesta aspersion, continuaba con la misma voz:

—*Esta sangre derramada hará que la cuerda invisible robada por un musulman, vuelva su poder contra los mismos musulmanes...*

El infierno sin duda escuchó la voz de la vieja; porque trascurridos los siglos se cumplió el anatema.

La vieja calló otra vez; y otra vez repitió después las mismas profecias; hasta que salpicó de sangre todas las paredes.

Entonces vació las últimas gotas sobre la mecha de amianto, y casi sin tocarla quedó apagada.

Al salir por la puerta exclamó con un quejido lastimoso, contemplando desde el quicial aquel lóbrego recinto:

—Adios para siempre Mansion de Lobeid...

Cassia se marchó furibunda, y el cadáver de la infeliz Raquel, quedó tendido en el fondo de la caverna.

Mientras unas escenas tan horrosas tenían lugar en dicha

cueva; Daldal orgulloso y enajenado de placer al considerar en sus manos la cuerda invisible de los once nudos, el fundamento del sistema, y otros muchos papeles interesantes; volaba con su caballo en busca de la fama que veía sonreír á sus ojos; sin dirigir un recuerdo siquiera á la desgraciada Raquel que habia dejado en poder de la furiosa Cassia.

¡Cuántos... cuantos en el mundo á la manera de Daldal, corren precipitados tras la fama; tras ese ente fantástico al que cada dia sacrifican sin piedad millones de victimas reales, cuya sangre inocente sube humeando á la mansion del Eterno...!

En el pais mas inculto como en el mas civilizado; en toda la redondez del Orbe, se encuentran por desgracia ciertos hombres ó mujeres, ciertos emisarios de Satanás, que penetrando astutamente en el seno de las familias y de los individuos, les arrancan aduladores los secretos, que se complacen despues en publicar desfigurándolos con el pincel emponzoñado de su malicia.

Gracias á alguno de ellos, los crueles acontecimientos de la cueva de Lobeid, se divulgaron al dia siguiente por el Kaibar, se estendieron por el Africa; y el Oriente vió morir en una noche el formidable prestigio de los judíos, y comenzar el de los musulmanes.

Daldal, nacido en una pequeña tribu del desierto, era ya celebrado en todas partes; y Argel á donde se dirigia, lo esperaba con impaciencia.

No nos detendremos en minuciosos detalles; y solo tocaremos por alto los incidentes que aqui le sucedieron.

La hija del Califa estaba para casarse á la sazón con un sobrino del Soldan de Egipto: pero la nombradía asombrosa de Daldal, su noble talante, su valor proverbial, el entusiasmo con que lo recibió la ciudad, ofreciéndole los honores de primer Mago; rindieron el corazón de Selima; y Daldal por su parte tambien fué cautivado por la hermosura de la argelina.

En fin, olvidando aquella los compromisos con el sobrino del Soldan, y mirando solo á la felicidad personal, se casó con Daldal, entre las aclamaciones de un pueblo enajenado de gozo.

El carácter misterioso de los árabes, aficionados por natu-

raleza á la cavilacion y á las supersticiones; aseguraba que el regio palacio que habitaban los novios, era nada mas que la entrada de otro palacio subterráneo que Daldal habia fabricado con su ciencia en una sola noche; donde gozaban anticipadamente los placeres del Paraiso.

Sea de esto lo que quiera; á los diez meses de matrimonio tuvo Daldal un niño; y mientras reunida la familia en el estrado de la enferma, segun costumbre morisca, ponian al recién nacido el nombre de *Магомет*; el sobrino del Soldan de Egipto, moro cruel, y que jamás olvidaba un agravio, disfrazado en los jardines del palacio de Selima, estaba fraguando los medios de ejecutar la inveterada venganza que abrigaba contra la misma.

—Mira, le decia á una robusta argelina despues de otras muchas prevenciones y de entregarle una bolsa de cequíes: te presentas á ofrecerte por ama de cria; desde luego te reconocerán los pechos, y para ello te entregará la hija del Califa el niño que tiene en sus brazos: entoncés tu derranias entre las sábanas este frasco de *Laserpicio*, y has concluido. Si sales bien con tu empresa duplicaré la paga.

La argelina no pudo resistir á estímulo tan grande, y todo resultó como el sobrino del Soldan lo habia deseado.

Murió Selimia al dia siguiente con asombro de Argel, con asombro de su familia y servidumbre; y especialmente de Daldal que se encontró viudo cuando apenas comenzaba á estrechar entre sus brazos un niño, primer fruto de su amor.

Tan pronto como pudo separar este niño del pecho de la ama; huyó de la ciudad llevándolo en sus brazos, á buscar un terreno apropiado para entregarse asiduamente al estudio de la mágia; para dar un paso mas en el gran problema de la cuerda invisible de los once nudos.

Daldal que ya renunciaba á los atractivos del mundo; se disponia á emprender su viaje á pié, cubierto con un albornoz, y con su hijo á cuestas.

La noche anterior de la marcha estuvo repasando todos los pergaminos que habia sacado de la cueva de Lobéid, y cómo en uno leñera:

Egipto es el país mas á propósito para dedicarse al estudio de la magia, su cielo contiene grandes misterios.

Resolvió desde luego dirigirse á aquel punto: y la mañana siguiente á tal resolución; dió el último adios á Argel.

Se descubren al Noroeste de Egipto largas cordilleras de montañas escabrosas, sembradas de arroyos y cubiertas de matas, llamadas LAS MONTAÑAS DE LA LUNA, y entre sus indígenas DGBEL EL KAMAR, que quiere decir lo mismo.

Después de trepar en ellas colina sobre colina; después de llegar á la cima mas alta, desde donde se descubren las pintorescas márgenes del Delta; después de cruzar varios derrumbaderos que sólo salva la rápida gacela, y doblar una cresta elevada; se baja á una pradera honda, esmaltada en placentera yerba, rodeada por todas partes de cabezos sin interrupción, cuya calma es tan grande, que no parece sino que la tranquilidad ha depositado allí su trono.

Dos ancianas palmeras, cubiertas de dátiles, eran los únicos árboles que brindaban con su sombra; entre las cuales nacia un arroyuelo cristalino que se infiltraba otra vez en la tierra, á los seis pasos de su fuente.

La llegada de Daldal interrumpió el silencio sepulcral de este retiro. Aquellas piedras vírgenes crujían por vez primera bajo sus piés ensangrentados, y su alma experimentó una halagüeña expansión al encontrarse en un asilo tan placentero.

Colocó al tierno Mahomét sobre un cesped de yerba, y fué reconociendo con gusto uno á uno, los objetos de su nueva morada.

— Oh! imagen perfecta de la vanidad humana, exclamó involuntariamente al fijar los ojos en el arroyo; aun no has salido del seno de tu madre cuando ya quieres brillar, y aun no has comenzado á brillar, cuando humilde vuelves á sumergirte en el seno de tu madre!

Separando á uno y otro lado la maleza que rodeaba la pradera para escudriñar bien todos los senos que ocultara; tropezó con una piedra picada que no tardó mucho en remover; y

con sorpresa suya se encontró en la boca de una cueva profunda con dos arcos de ormigon en el fondo, que cruzándose ambos en su mayor altura, formaban los cordones de la bóveda.

—Esta cueva, dijo para sí, en ademan solemne, ha sido sin duda el albergue de algun sábio anterior á mi, que murió en ella agoviado por el peso del estudio. Yo tambien moriré; tambien á mi me deberá la ciencia un adelanto. Alá me brinda aqui con cuanto necesito para arrastrar mi existencia; una caverna donde refugiarme; dos palmeras que me ofrecen ricos dátiles; una fuente de agua cristalina, y una pradera para sembrar cebada. Los quince años (1) que el Profeta vivió retirado del mundo, solo comió cebada y dátiles; con esta penitencia... si; podré arrancar los secretos que oculta ese cielo estrellado... ese cielo tan distante de mi, y sin embargo al que alcanzaré con mi mágia; al que robaré con mis desvelos los secretos que encierra. Mahomet... prosiguió mirando al niño que sollozaba en la yerba; tu vendrás al mundo cuando yo huya de él, y tu recogerás el fruto de mis trabajos; pero el mundo me hará justicia; el mundo siempre dirá con asombro «Mahomet dió el primer paso.»

Desde el fondo de la cueva se oía un ruido subterráneo y sin interrupcion que hubiera sobrecogido á otro menos entero que al padre de Mahomet. Aquel ruido lo producía EL RIO BLANCO ó BARR-EL ABYADH, como dicen los árabes, que tenía su nacimiento debajo de la cueva, y que cruzando subterráneo toda la pradera, salía impetuoso en un peñascal, y se precipitaba incessantemente en el Nilo, como el Nilo se precipita en el mar, como los dias en la eternidad.

Supuesto que ya hemos llegado á la última época de Daldal, y hemos conocido el austero recinto de sus estudios; para no fatigarnos nosotros con ellos, pues que nada curioso nos queda que decir; trascurramos idealmente veinte años, y fijémonos en la muerte de este Elymas.

—Mira, decía una mañana á su hijo Mahomet, sentados los dos en lo profundo de la caverna: jóven robusto y de bella es-

(1) Nota 1.ª, párrafo 4.

tatura, tu estás iniciado como yo en los secretos de la cábala; tu has asistido á mis descubrimientos y los has presenciado; tú conoces la virtud de la cuerda invisible de los once nudos y mandas en ella; tú has nacido para hacer grandes adelantos; tú nombre y la semejanza de tu rostro con el del Profeta, (1) no pueden engañarme; acuérdate de las palabras de tu padre:— tu serás célebre en la mágia, invencible en la guerra.—Yo siento debilitarse mi cuerpo y desfallecer mi espíritu: voy á morir y quiero entregarte antes el résumen de mi ciencia:

Entonces desplegando un pergamino prosiguió:

—Oye Mahomet.

Y en seguida leyó:

Tres son los puntos para resolver el nudo trece.

1.º *Encontrar en la multitud de estrellas que esmaltan el cielo, el simbolo que lo comprende.*

2.º *Desentrañar por medio de anagramas, la significacion que encierra el simbolo.*

3.º *Ejecutar al fuego del azufre las elaboraciones que prescriba.*

—Escucha pues mi palabra con atencion, prosiguió Daldal. Veinte años de una vigilia continuada, de un estudio incesante, han conseguido resolver el primero; pero ah! ellos han tenido fuerza para aniquilar mi cerebro: el segundo, mas fácil, está reservado para ti; y el tercero tal vez para tu hijo.

Mas abajo decia en el mismo pergamino:

La solucion del primer término está representada en el valor numérico de las dos letras griegas Δ y Π .

¡Ay de aquel que guiado de amor, de envidia ó de venganza emplee la cuerda en el nudo 15! ¡Anatema sobre su alma! por su culpa permanecerán en el abismo todos los Magos desde Lobeid hasta él; la vida de todos ellos pesa sobre la suya; ¡anatema sobre su alma! Lobeid lo dijo.

(1) Notas 10 y 12.

—Toma repuso despues de entregarle la caja de ágata con la cuerda invisible, y demas pergaminos: toma; en este que mi mano ha escrito se halla el resúmen de todo; se halla el resultado de veinte años de fatigas. Mahomet; continuó mas abatido, pero sin perder un punto de su magestad; me siento morir por momentos; voy ha hacer las últimas abluciones (1). de mi vida. Cuando haya espirado tu padre, cierra la cueva con esa peña con la que estaba cerrada cuando yo vine á ella; y marcha á otro lugar á sacrificar tu vida como yo la he sacrificado en el estudio de cosas misteriosas: muere, no temas; pero muere consumido en el problema de la verdad. El mundo adorará entonces tu nombre; el Profeta te recibirá en sus brazos...

Pasado un instante en que los dos callaron: volvió á decir el anciano:

—Oye las postreras espresiones de tu padre: cuando salgas de estos lugares ve sin perder tiempo á hacer la peregrinacion santa de la Meca. (2)

La noche siguiente espiró Daldal: y Mahomet, cumplidas las órdenes de su padre; se dejó caer lleno de esperanzas, por aquellas montañas, á la manera que los criollos del águila, cuando se arrojan por vez primera de su encaramado nido.

Asi concluye el cuento de Daldal, referido con entusiasmo por el beduino y el árabe, de cuya relacion nos hemos servido para dar principio á la genealogía de Ali, como único foco que puede derramar alguna luz, sobre un punto tan oscuro de la historia antigua del Asia.

La época de su hijo Mahomet, es como se infiere mas moderna; y por la tanto su biografía mas clara. Aun cuando sus viajes instructivos fueron muchos y muy largos, no tenemos necesidad de recurrir para la esposicion de su vida, á tradiciones orientales, pues á España le cupo el honor de contarle entre sus sabios, y de verlo espirar en su regazo.

(1) Nota 1.^a, párrafo 17.

(2) Nota 1.^a, párrafo 24.

MAHOMET.

Atesorando este jóven en su cabeza la sabiduría de Lo-beid, mas los adelantos de Daldal que habia salvado el primer puente del problema; y despues de vivir veinte años en una austera soledad como hemos visto; se dirigía á la Cahaba á cumplir su voto ansioso de dar él tambien su paso en el problema de la verdad, y de ostentar el valor de su ánimo en los peligros de la guerra.

Llegó á la Meca; visitó el templo de Mahoma; y luego rindió tambien su cerviz al poderoso yugo del amor. Se casó en la Meca con una hermosa jóven, hija de noble familia; tuvo de ella un niño al que pusieron por nombre Alí; y disfrutó algunos años de las delicias del amor conyugal; hasta que el poderoso Alá cortó la vida de su esposa, cuyo suceso fué segun él decia, un aviso que el Profeta le daba, de que habia comenzado el tiempo de acumular su labor en la colmena de los Magos, de principiar sus trabajos en el problema comun, en la cuerda invisible de los once nudos.

PERO MAHOMET descubria un génio mas vigoroso aun que el de su padre; desplegaba una ambicion, un deseo de gloria mas insaciable todavia; é impelido por el volcan que ardia en su cabeza, no se contentó con seguir humildemente el curso trazado por Raquel á Daldal, y por Daldal á él; quiso mas, quiso agregar un quilate nuevo al tesoro de su sabiduría.

Mahomet se despojó de sus galas, y vistió un albornoz pardo que le caia hasta los piés, con anchas mangas y capucha que le cubria la cabeza y parte de la frente. Del nacimiento de la capucha arrancaba un capillo corto con picos grandes y punteagudos; y este traje tan austero se lo ceñia á la cintura con una soga de esparto.

Al despedirse de la Cahaba, hizo ante el Iman voto de Sofis, y partió llevando en los brazos á su hijo Alí que apenas tenia catorce meses, pero que ya manifestaba tanto en sus movimientos precipitados, como en su robusta musculatura, el valor que habia de caracterizarlo despues.

Sobre el año 20 de la Era Cristiana, vivía en la Jonia un tal Apolonio Tinaneo reconocido entonces por el primer Mago del Oriente.

Los apóstoles de Cristo quemaron algun tiempo despues su librería, compuesta de infinidad de volúmenes todos de mágia y de cábala, que importaban 50,000 denarios, ó sea 100,000 reales vellon, y demolieron su casa.

Pues bien: á visitar estas ruinas si es que se conservaban aun; á buscar entre los escombros algun libro precioso, escapado milagrosamente del fuego, es á lo que se dirigia Mahomet con su hijo Alí.

Ciertamente; en un rincon de la Jonia, cerca de Efeso, pero retirado del bullicio de la córte, estableció su morada Mahomet-Ven-Daldal, para adelantar en el problema de los sábios y acabar de instruir á Alí que tal vez estaria predestinado por el Profeta, á encontrar la verdad tan deseada.

Hacia algun tiempo que Mahomet y su hijo permanecian ocultos en el Asia menor, desentrañando ávidos los secretos de la naturaleza, cuando llegó á sus oidos el glorioso reinado de Abderramen II en España, y la continua é indecisa guerra que sostenia con los cristianos, viendose tremolar indistintamente, ora triunfantes, ora abatidos, el estandarte de la cruz y el de la media luna.

Mahomet no pudo sufrir la lucha de otra religion, con la suya no podia sobre llevar que el Islamismo, estendido con velocidad en el Oriente, encontrára diques en una pequeña Península; y deseoso de medir su brazo con el brazo de los cristianos, y creyendo arrollarlo todo con su mágia;

—Alí, le dijo al niño que contaria ya diez años: el Profeta me llama á España; abandonemos estos lugares de paz, y entreguémonos á la guerra santa. Sin descuidar nuestros estudios podrás allí ejercitarte en las armas; y á la par que un sabio, salir un valiente guerrero. Tal vez un Elymas asiente el islamismo en aquel pais, tal vez nosotros aseguremos la corona sobre las sienes de Abderramen.

Al dia siguiente Mahomet y su hijo partieron para la Meca, oraron en la Cahaba, y cruzando despues la Libia, el Egip-

to y Argel, entraron pasados seis meses en la Mauritania, en medio de las escesivas aclamaciones de un pueblo inmenso que recibía frenético de alegría al célebre Elymas Mahomet-Ven-Daldal y á su hijo, á quien miraban como un digno sucesor de su padre.

Aunque los moros anhelaban tener en su compañía algun tiempo al Mago del Oriente, no pudieron conseguirlo, pues recibiendo del Geque de Taart, capital del algarve medio de la Mauritania, cartas de recomendacion para su paisano el noble Als-gerib, entonces Wali en Córdoba del ejército de Abderramen; se hizo á la vela en una galera que bogaba con direccion á España, llevando la intencion de pasar desconocido hasta su entrada en la córte.

Describir el boato que acompañó á Mahomet al dejar el Africa, fuera una empresa demasiado prolija: y solo diremos que la playa se vió cubierta de galerines, jabeques y balandras, todos lujosamente aparejados, donde la grandeza de la Mauritania, salía á dar su adiós á Eben-Daldal y su hijo.

Mientras los dos se dirigen humildemente á Córdoba, pasemos nosotros una ojeada por dicha ciudad.

Son las diez de la mañana (1). Un sol radiante dora sus minaretes; las calles de arena regada, estan cubiertas de flores; en los balcones y ventanas ondulan ricos pabellones de damasco blanco sobre colgaduras lisas de grana con franja de oro: de trecho en trecho se ven arcos triunfales naciendo sobre columnas de laurel. Las orquestas de negros, apostadas en las bocas calles, y el alegre gentio que de todas partes afluye; todo anuncia una gran fiesta, una solemnidad poco comun.

...Y cuál es esta?...

Las bodas que se van á celebrar, del valiente Als-gerib, Wali de Abderramen, con Nocima, jóven de veinte y dos años, la mas hermosa de las cordobesas, que á la gracia de una argelina de quienes deriba, agrega ese señorío peculiar de las españolas.

De repente se abren las puertas de un palacio mas suntuo-

(1) Nota 14.

so que cuantos le rodean; una multitud de mancebos de gala, salen á la calle manifestando la alegría en su semblante; á estos siguen catorce doncellas de la corte del Rey, con trajes de seda, coronas de flores en la cabeza, y bastones de oro y de marfil en las manos.

Luego apareció la novia conducida por ocho negros en una peana de palmas, derramando dulzura de su rostro.

Un manto verde, bordado en oro, cubria la riqueza de su vestido; un turbante verde ceñia sus sienes; como descendiente que era de Coinebis, y en consecuencia del Profeta, únicos que podian usar dicho color; y por debajo de él salia en seis trenzas, su hermosa cabellera negra.

Junto á ella marchaba á pié su mas íntima amiga, que habia de hacer los honores en la boda; detras una orquesta de ejército á la que se iban agregando á medida que las dejaban atras, las otras de negros que hemos visto apostadas en las bocas calles; y por último, corria tambien el pueblo que se agolpaba en tropel á contemplar la prometida de su general, con el mismo ímpetu que se agrupan las olas sobre otras en un mar embravecido.

Pasear la novia en triunfo por la ciudad, constituye la primera ceremonia con que los moros solemnizaban las fiestas nupciales de cualquiera persona ilustre.

Despues de dar la vuelta á Córdoba la procesion triunfal, se dirigieron todos á la calzada antigua donde se habia dispuesto celebrar la funcion.

Éra la calzada antigua un grande vergel lleno de jardines y bosquecillos, que Abderramen I adornó maravillosamente, rodeándolo de verjas por el lado de Córdoba en que está la entrada; formando en su centro un estanque dilatado; y edificando una magnífica Alqueria con encantadoras vistas.

Este parque real habia sido cedido por Abderramen II á Als-jerib, su primer general, á quien distinguia con singulares atenciones y amaba entrañablemente, para que en él celebrase suntuosamente sus bodas.

El dia de que venimos hablando, estaba hermoscado con todo el lujo de una corte brillante.

Una calle de arcos de palmas arrancaban desde la puerta; los balcones de la quinta aparecian cubiertos de púrpura con las armas del Rey bordadas á realce, y sobre la fachada que miraba á la puerta tremolaba en el alero del tejado la bandera blanca de los Omiades con su media luna de oro que reflejaba los rayos de un sol hermoso.

En medio de las aclamaciones; en medio de los vítores de la muchedumbre; en medio de los sonidos de cien orquestas diferentes, llegó Nocima á la calzada vieja.

Solo penetraron en los jardines las doncellas con la novia; esta y su amiga subieron á la quinta; las demas levantaron sus bastones y se pusieron de guardia en la puerta del edificio. Las orquestas y la gente quedaron fuera de las verjas.

Algo avanzada ya la tarde, rompia en escolta del palacio del Wali, un escuadron de alfaraces vestidos de gala: seguia otro grupo de nobles militares, caballeros, jeques y señores montados en arrogantes corceles, entre los que se distinguia uno por su lujo y por su esbelta estatura, que era Als-jerib, el novio de Nocima.

Iban despues todos sus parientes y amigos; luego cuatro orquestas tambien á caballo; y cerraba la comitiva la guardia de honor del general, compuesta de dos escuadrones de balles-teros de caballeria.

Cuando triunfantes marchaban por la calle mas ancha de Córdoba, cruzaba á pié en direccion contraria á ellos un anciano envuelto en un albornoz, por cuya capucha asoma su rostro macilento con larga barba blanca, junto al cual caminaba tambien á pié, un jóven de diez á once años.

No bien se habia distinguido desde la calzada antigua el acompañamiento del novio, cuando puestas en dos filas salieron á recibirlo las orquestas de negros, y entre los miles de aplausos, y entre los muchos turbantes que el pueblo arrojaba, por los aires y á sus piés, entró en el vergel Als-jerib, con todos sus amigos y parientes que llegarían á ochenta.

Las orquestas callaron; y la tropa se retiró para que el inmenso gentío que se agrupaba á las verjas pudiera desde allí presenciar la fiesta.

La novia, dulce, candorosa y encendido el rostro como una rosa de alejandría, contestaba desde el balcon con blanco cendal, á los besamos del Wali y de su parentela.

De repente salió por todas las ventanas de la alquería una nube de pájaros y de palomas, á quienes se abrieron las jaulas; y á esta señal dispuesta de antemano, abrieron tambien las puertas de los calabozos, se dió completa libertad á todos los encarcelados de Córdoba menos á los cautivos cristianos.

Los elegantes jóvenes permanecian toda la tarde diseminados por las flores ocultos en los bosque de acacias; bogando en bonitas góndolas, sobre las tranquilas aguas del estanque; ó paseando amorosos al frente de las doncellas que hacian la guardia de la novia en la puerta de la quinta.

Llegó por fin la noche apetecida: mil faroles de diferentes colores y de formas caprichosas, ardian en los extremos del verjel; en las copas de los árboles y en las velas de las góndolas; y un arco de luces con las armas del rey, prodigiosamente formado rodeaba el balcon de la novia, al que volvió á asomarse siempre acompañada de su amiga.

Un encanto, la ilusion de un sueño, el pensamiento de una virgen, no se despliega mas bello que la calzada antigua en aquella noche.

Se agrupa el pueblo con mas fuerza sobre las verjas; rompen las orquestas; Als-jerib y sus mancebos se forman en batalla al frente de las catorce doncellas que hacen la guardia de Nocima: levantan ellas sus bastones de marfil en estado de defensa y aquellos desembainan sus alfanges de oro esmaltados en pedrería. Unos y otros arrogantes, lujosos, se disponen á una batalla horrenda, á la batalla del amor.

El pueblo impaciente y entusiasmado, grita alegre desde las verjas; el sonido de cien músicas se confunde con los gritos, y Nocima con la sonrisa en sus lábios de carmin, presencia la firmeza con que sus amigas se disponen á defenderle su pudor, y el ánimo con que Als-jerib y sus compañeros van á conquistar su mano.

El novio da la señal para la carga; tira entonces por los aires sus turbantes la muchedumbre, redobla frenética sus

gritos; pero de repente calla. Un silencio profundo sucede á tanta algazara, y este silencio inesperado suspende un momento la función.

Todos los ojos se fijan en la puerta de las verjas; y la gente, retirándose á los lados, abre paso para que cruce un anciano vestido de albornoz pardo, con un jóven que le acompaña.

Apenas ha llegado al quicio de la entrada cuando se detiene humilde; y siendo el objeto de la atención general envía al Walí un emisario con una carta del Jeque de Tremencén.

El Walí sin leer mas que el sobre, manda que pase adelante; y el extranjero, á quien ya conoce el lector, marcha con paso magestuoso hasta acercársele; dobla ante él la cabeza con sumision, y le dice:

—O noble Als-gerib: tienen el honor de ponerse á vuestras órdenes, el Elymas Mahomet-ven-Daldal y su hijo.

—Mahomet!.. esclama Als-gerib; y «Mahomet» repitió la concurrencia con misterio.

Era admirable el contraste que presentaba aquel anciano respetable que tanto prestigio ejercía entre los árabes, envuelto en un saco pardo lleno de polvo; con los semblantes risueños que por do quiera le rodeaban, con los vistosos almaizares de transparentes gasas que flotaban sobre sus cabezas á espensas del céfiro de la noche, y con los ricos trajes de seda y grana; recamados en piedras preciosas, que vestían todos los concurrentes á las bodas.

Después de una espresiva y sencilla salutación entre Mahomet y Als-gerib, le ofreció el último tomar parte en la fiesta; pero él se rehusó prestando su edad, su calidad de Sofis, y añadiendo por vía de satisfacción que podía hacerlo su hijo Alí.

Con efecto; mientras el padre se retiraba á reconocer una á una las bellezas del jardín; se le cambió al jóven forastero su alfange de guerra, por otro de oro, se colocó en la escuadra de amorosos gladiadores, y las orquestas los animaron de nuevo con sus sonidos.

Todo vuelve á la vida, todo vuelve á la agitación: el pueblo se entusiasma otra vez, grita con mas fuerza, y en medio

de tal algazara Als-gerib y sus secuaces dan la primera carga sobre las doncellas, que aunque inferiores en fuerzas resisten denodadas al enemigo, mas con los ojos que con los bastones; y atrevidas les obligan á retroceder.

Repiten aquellos su carga con mas aparente furia, y entre los repetidos aplausos del pueblo, logran desbaratar el escuadron de vírgenes, resultando de esta derrota una danza sumamente ingeniosa entre vencidas y vencedores, en la cual cada uno con su pareja se pierden al compás de las orquestas entre los bosquecillos del vergel.

Als-gerib entonces sube con dos compañeros á la antecámara de Nocima, donde lo espera la amiga de esta que la ha acompañado durante la funcion; lo toma de la mano, y en el mismo balcon de su prometida, al frente de la concurrencia que los felicita, enlaza las manos de los novios en premio de la conquista que han obtenido; se retiran luego del balcon y entornan los cristales.

La amiga de Nocima y los amigos de Als-gerib, los parainfos, se despiden de ellos cerrando á su espalda las puertas de la cámara y bajan á tomar parte en las danzas de los demas convidados.

La noche ha cerrado completamente, y las luces variadas del jardin ofrecen con sus sombras coloridas un aspecto mágico que adula los sentidos y sonrie al alma.

Mientras los novios se deshacen en tiernos coloquios y el acompañamiento embelesado en sus bailes y en sus juegos, ya diseminado por las praderas del jardin, ya mecido en las góndolas del estanque, espera la mañana segun costumbre morisca, para felicitar á los nuevos esposos; digamos nosotros dos palabras acerca de Als-gerib.

Apenas hay persona medianamente instruida que ignore la manera tan particular y aun novelesca con que Abderramen I vino á España.

Despues del asesinato de Otoman, Califa de Damasco, perpetrado por Omiar, ó Mohabia; fueron vencidos los Omiades, sectarios del último, por los Alidas; y los Alidas poco tiempo despues lo fueron tambien por los Abbasidas, que triunfantes esta-

blecieron en el Bagdad su califato, el cual duró quinientos años, hasta que Mostassen, último de los califas, fué muerto por Oulagou Principe mongol.

Por motivos ajenos de explicarse en este lugar, quedó un odio intenso y sañudo entre los Omiades vencidos y los Abbasidas vencedores.

Deseosos estos de derramar hasta la última gota de sangre de los Omiades, fingieron vilmente olvidar las querellas pasadas y reconciliarse con ellos: ofrecieron con dicho objeto á los hijos y sectarios de Omiar, un suntuoso banquete en el palacio Abbasida; y cuando mas embebidos se hallaban los convidados en la orgía, cargó sobre ellos alfange en mano un piquete de tropa que el Rey abbasida habia ocultado con semejante intento en una de sus muchas antecámaras; los asesinó sin piedad, y cubriendo enseguida los cadáveres con una alfombra remataron sobre ellos el banquete, deleitándose feroces en los gritos del herido y en los gemidos del moribundo que tenian á sus pies.

Quiso la suerte que Abderramen, último vástago de la familia de Omiar se retardase en llegar al palacio del Califa por hallarse en una posesion inmediata, y un antiguo sirviente de su padre, enterado de lo sucedido, le salió corriendo al encuentro á comunicarle tan infausta noticia.

Abderramen era entonces jóven, y la sangre hirviendo de repente en sus venas le impelió con energía á vengar la ofensa de sus parientes; pero el criado que como mas anciano vió que su bizzarria lo encaminaba al suplicio, le dijo deteniendo el caballo de la brida:

—Señor; el brazo del Profeta ha salvado vuestra vida por un milagro, no opongais resistencia á su voluntad: huid; ¿quién sabe si Alá que hoy os protege, hará algun día que renazca el brillo de vuestra familia?

Abderramen que á la par que valiente era juicioso, no desatendió las razones pesadas del criado, y cambiando su vestido por la ropa de un pastor, que el mismo criado le proporcionó, echó á andar inmediatamente con direccion al Africa.

Quando se vió fuera del Asia reconoció el gran peligro en que se habia hallado, y considerándose ya mas seguro, se dejó

caer rendido bajo una palmera, á cuyo pié nacia una cristalina fuente: fortificados á luego sus miembros con el descanso, se encaminó á Taart, capital del Algarve medio de la Mauritania, distante cuatro jornadas de Tremecen, que entonces no podía llamarse todavía ciudad, sino una cora ó Provincia habitada por la guerrera tribu de los Zenetes que vivian errantes en varios pueblecillos y valles diseminados á orillas del Mediterráneo.

Abderramen se dirigió á la tienda del Jeque, que era un anciano venerable; y aunque vestido el primero de pastor, le brindó el segundo con una hospitalidad generosa.

Tenia el Jeque un hijo de la misma edad que Abderramen, llamado Al-hamet, bien conocido en la costa por su valor y pericia en la guerra.

Luego que al agradecimiento de Abderramen sucedieron las simpatías para con esta familia, especialmente con Al-hamet; á cuyos dos jóvenes comenzó á ligar desde el principio un cariño sincero, les abrió aquel su corazón, contándoles su origen, su estirpe y sus desgracias; y aquellos pequeños jefes se sorprendieron admirablemente de tener en su choza un vástago de los antiguos Califas de Damasco, un arroyuelo que alguna vez pudiera convertirse en torrente que inundara el mundo. Pero ah! los musulmanes son generalmente vengativos, y la venganza es sagaz.

Tan pronto pues como el Califa de Bagdad supo que el último hijo de Omiar se había salvado; mandó tropas en su busca en todas direcciones; y cuando Abderramen comenzaba á gustar en la tienda del Jeque de Taart, esa dulce felicidad que ofrece una vida tranquila rodeada de afectos; se presentó en la puerta una escolta de árabes reclamando al fugitivo; pero Al-hamet desnudando su alfange y llamando á sus compañeros; que armados se le allegaron pronto; dijo á los soldados con mirada furiosa y ademan resuelto:

—No soltaré mi huésped ni penetrará nadie en mi tienda sino pisando mi cadáver y el de mis valientes compañeros.

Los árabes vieron el negocio mal parado; y como no tenian un interés inmediato en prender al prófugo, se retiraron después

de varias contestaciones acaloradas con Al-hamet. Abderramen abrazó á su defensor, y nadando en cariño, le dió las mas tiernas gracias por aquella nueva prueba de amistad tan decidida; jurándole no separarse de él, cualquiera que fuese en lo sucesivo la suerte de ambos.

Se hallaban entonces los moros de España mandados por Ayubb, general de tierra; y por Amer general de mar, que aunque los dos dependian del Califa de Oriente, y no eran sino unos simples gobernadores militares; ejercian sobre el pueblo un poder tiránico, molestándolo ademas con las fatales consecuencias de las continuas enemistades entre uno y otro. El ejército se hallaba dividido, por consiguiente la fuerza debilitada; y ninguna ocasion mejor que esta para apoderarse del centro una nueva dinastía.

En efecto, un emisario de Abderramen, enviado á Córdoba en secreto, es acogido con regocijo, y á la luna siguiente se abren las puertas de la ciudad al hijo de Omiar, que arrogante y benéfico cautiva á primera vista el ánimo de los moros Cordobeses.

Abderramen I ha entrado en Córdoba al frente de un escuadron compuesto de mil Zenetes intrépidos y aguerridos, capitaneados por su compañero, por su íntimo amigo Al-hamet.

El pueblo recibe con entusiasmo á su nuevo Rey; y á la presencia de este, arranca del alcázar la bandera negra de los Abasidas, y enarbola la blanca de los Omiades.

Abderramen siempre con sus mil Zenetes, mandados por Al-hamet, que formaban la guardia de honor, manifestó varias veces su valentía, repitió sus conquistas, en las que jamás dejó de obtener la victoria, y por último; el dia de las víctimas, ó como los moros llaman *Idal-Adhahea*, dió contra Iusub la batalla decisiva de su imperio, que ganó como todas, distinguiéndose en ella por su bravura su amigo y sus Zenetes.

Desde entonces se hundió en España la dinastía de los Abasidas, y en todos los castillos de la Península tremoló el pendon blanco de los Omiades.

Consolidado á poco tiempo el trono de Abderramen, comenzó en España para los moros una era de paz y de adelantos.

Edificó, como es bien sabido, la gran Mezquita de Cór-

doba, primera en el mundo despues de la de la Meca, y á su amigo Al-hamet le nombró Alageb, ó sea ministro principal de la córte; le obligó á vestir el turbante blanco, simbolo exclusivo de los Omiades; y legando este honor á toda su familia, le honró ademas con otras muchas distinciones. Lo consideró siempre como un hermano, como la persona de su mayor aprecio y confianza; y le precisó á cerrarse en la calzada antigua, para que allí educara á su hijo heredero de la corona, al Príncipe Ixen.

Murió Abderramen, y le sucedió Ixen que, en los primeros años de su reinado, adoptó por único director y padre á su antiguo ayo Al-hamet; y nombró Walí del poderoso ejército á Eben-Al-hamet, hijo de aquel.

Muerto Ixen algunos años despues del anciano Al-hamet, le sucedió en el trono su hijo Alaquen. Entonces Eben-Al-hamet disfrutaba ya una edad madura; y el Rey que á la manera de sus antecesores continuaba distinguiéndolo con su afecto, pues no podia olvidar la estirpe regia los favores que, Abderramen I, el fundador del brillante imperio que disfrutaban, habia recibido de ellos siendo desconocido y desgraciado, y la decision con que habian defendido su causa, encargó el Rey Alaquen á Eben-Al-hamet la educacion de Abderramen II.

Retirados en la calzada vieja Eben-Al-hamet con su hijo Als-gerib y con el Príncipe Abderramen; niños estos dos últimos de una misma edad; confundieron su clase y sus juegos, y el Príncipe no podia pasar un momento sin Als-gerib, hijo de Eben-Al-hamet, nieto de Al-hamet, ni este sin el Príncipe. Siempre juntos en un mismo palacio, educados en una misma fuente, sus gustos y sus inclinaciones eran las mismas, y el cariño que los enlazó en la cuna no los abandonó hasta la tumba.

Murió Eben-Al-hamet poco despues que el Rey Alaquen; y entonces Abderramen II empuñó el cetro; y su amigo, ó mejor su querido hermano Als-gerib, en cuyas bodas nos hallamos, fué nombrado Walí, es decir, primer general del ejército de España, honrándolo ademas el Rey con otros muchos y principales honores.

Ya conocemos á Als-gerib; ya conocemos su noble origen:

y por lo tanto, no debe estrañarnos que Abderramen II le cediese para celebrar sus bodas la Calzada antigua, sitio real; ni que él mismo pasase con su córte, como veremos despues á felicitarlo por su desposorio. Als-gerib, por otra parte se dejaba apreciar de cuantos le rodeaban; valiente en la guerra como los Zenetes de quienes descendia, era atinado en la política, agradable en la conversacion, y dulce para con sus inferiores.

La jóven con quien se enlazaba, hija del alcaide de Córdoba, agregaba á su hermosura una modestia, una amabilidad y una delicadeza poco comunes en las moras, circunstancias todas que movian á la ciudad entera á dirigir al Profeta sus oraciones por la felicidad de los nuevos esposos.

Volvamos á las fiestas de la boda.

Brilló el alba; ese momento precioso en que el pincel divino tiñe al cielo de púrpura y de nácar; los convidados distraidos con graciosas danzas se replegaron al pié del dormitorio de los novios, arrullando la alborada de estos con variados coros de canciones amorosas.

No bien comenzaba el sol á dorar los minaretes de Córdoba, cuando se abrieron los balcones de aquellos, y apareció Nocima al lado de su esposo; hermosa, pálida, modesta y sonrojada como la azucena que ha recibido el primer beso del aura. Redóblanse á su presencia las orquestas; redóblanse los víctores y las canciones, que todas se dirigen á celebrar el parabien de los felices amantes.

Avanzado el dia entraban en la Calzada antigua multitud de caballeros y damas, ya á pié, ya montados en fogosos alazanes; pero un grupo de corceles negros, cuyos ginetes iban cubiertos de grana y de oro, llamaba la atencion de todos; era el séquito de Abderramen II, entre los que se distinguia él á primera vista por el penacho del ave imperial que flameaba con gallardía sobre la cabeza de su caballo.

Abderrameñ II; el poderoso Rey de Córdoba se encaminaba tierno á felicitar á su compañero y primer general Als-gerib.

La cámara en que se recibia, sumamente espaciosa, estaba entapizada de terciopelo azul y la rodeaba un órden de columnas casi ocultas por los pabellones de escarlata que desde la cor-

nisa caían hasta las alfombras de damasco que cubrían el suelo.

En la testera se hallaba la novia en medio de sus amigas, sentada en un diván con almohadones de seda colocado sobre un estrado de tino: en los primeros cogines que rodeaban la habitación, se veían arrellanados entre el incienso de los pebeteros y el humo de las pipas, Als-jerib y sus parientes, con quienes contrastaba por su albornoz pardo, Mahomet que tenía junto á sí á su hijo.

Mas allá conversaban alegremente los Jeques de Córdoba, los generales del ejército y los señores de la ciudad.

Desde el salon en que estamos, se oían mágicamente al través de los opacos cristales los melodiosos sonidos de las orquestas, las voces de los niños que cantaban, y los gritos de la plebe que victoreaba alegre á su Wali.

Al presentarse Abderramen con la corte se levantaron todos, doblaron todos la cabeza y le cedieron su cögin; pero el Rey se sentó al lado de Als-jerib: despues de felicitarse ambos cariñosamente y dirigir á Nocima el primero benignas espresiones de dulzura, le dijo el Wali.

—O mi Rey; las fiestas de ayer no me han permitido presentaros un recomendado cuyo nombre os es bien conocido: el Elymas Mahomet, prosiguió señalando aquel; el Elymas Mahomet, que es el anciano que teneis á la vista, me ha entregado cartas del Jeque de Taart, y deseoso de continuar en España los profundos estudios de su ciencia, implora por medio mio la proteccion del Rey.

Cuando Als-jerib concluyó de hablar, hizo Mahomet una cortesía con la cabeza, y Abderramen respondió en seguida:

—Ninguna recomendacion fuera para mi tan poderosa, ó sabio, si la de mi entrañable amigo Als-jerib faltara, como el nombre de Mahomet-ven-Daldal á quien respeto: célebre en el Oriente por su magia, lo ha traído la fama hasta la España, y Abderramen II tiene á mucho honor recibir en sus dominios un Elymas tan notable por su ciencia como por su valor. Si para vuestros estudios necesitais grandes sumas; las arcas de mi tesoro estan abiertas á tu disposicion; y de hoy en adelante tú y

tu hijo tendreis en mi palacio una suntuosa cámara donde vivi-
reis con absoluta libertad é independencia.

El Elymas dobló la cabeza hasta la cintura y contestó.

—O gran Rey Abderramen: vuestra generosidad no tiene lí-
mite, y en nombre del Profeta que vela visiblemente sobre
vuestro imperio, os doy las gracias por vuestros ofrecimientos;
pero entended ó Rey, que ni el compromiso que he contraido
con una ciencia austera, ni el voto de sofis que me liga, me
permiten disfrutar los voluptuosos estrados de vuestro palacio.
En el cimientó de la gran Mezquita de esta ciudad, que edificó
vuestro padre Abderrament I; entre los dos mayores botareles
que sostienen su espalda, hay un pequeño retrete casi desco-
nocido: ese es el que os pide por habitacion vuestro siervo que
de hoy en adelante dedicará sus humildes conocimientos á en-
grandecer la propiedad de vuestro imperio, y la felicidad de su
Rey.

Abderramen repuso con agasajo que desde aquel momento
era suyo; y concluido este diálogo se presentaron en la cámara,
por orden que Als-jerib habia dado de antemano, multitud de
criados conduciendo en bandejas ricos trajes de seda bordados
en pedrería, y armas brillantes que se fueron regalando sucesi-
vamente á todos sus amigos y convidados. Tambien despachó
el novio entonces mismo otros criados con cuantiosas limosnas
para distribuir entre los pobres de las ZAWIYAS ú hospitales, y
con tan piadosa generosidad se dió por rematada la funcion.

Al separarse aquel gran séquito prodigando nuevas felici-
taciones á los novios, se acercó á Als-jerib Mahomet, y tocán-
dole el hombro con cariño le dijo:

—O amigo; mirad como disfrutais de la felicidad; la vida
del hombre es un soplo...

Y confundido entre la concurrencia que marchaba, partió
á cerrarse en el retrete de la gran Mezquita de Córdoba.

Diez meses habian trascurrido despues de las bodas de
Als-jerib con Nocima; y por consiguiente diez meses hacia
tambien que Mahomet y Alí estaban reclusos en el subterráneo
de la Mezquita, cultivando la ciencia del judio Lobeid.

Si en el día á que ahora nos referimos atravesamos cuatro

lujosas antecámaras del palacio del Rey, entraremos en una cámara artesonada con maderas olorosas, cubierta de pabellones de escarlata y de terciopelo, y rodeada de estatuas que se elevan sobre bonitos pedestales.

Abderramen en traje talar se halla arrellanado en dos cojines de damasco blanco guarnecidos de oro: con los labios saborea una larga pipa que llega á su boca despues de dar tres vueltas dentro de una taza de agua cristalina: en las alfombras se ve tirado un papel escrito. Als-gerib acaba de llegar, y se ha sentado junto al Rey con semblante melancólico.

—Oye, Als-gerib, le dice en tono de reprension cariñosa; ni ayer me hiciste la visita de tarde, ni hoy me hacías la de mañana sino te paso recado; es demasiado descuido.

—Abderramen, contestó Als-gerib con tristeza; hace dos dias que Nocima sufre dolores muy fuertes á todo el cuerpo; los médicos piensan que son ya dolores de parto y que este se presenta con malos aparatos: estoy afligido.

—No temas Als-gerib; que vayan inmediatamente los médicos de palacio.

—Ademas, una idea aterradora fija en mi espíritu, y que no puedo echar de mí, me persigue por do quiera, y por do quiera que voy la llevo delante; el dia de mis bodas al despedirse de mí, me dijo Mahomet en tono misterioso: «Mira Als-gerib como gozas de la felicidad; la vida del hombre es un soplo...»

—Qué importa? Lo interrumpió el Rey: su augurio tendrá otra interpretacion bien diferente, tus temores los creo infundados.

—Ah! sentiria tanto perder á Nocima...

—Esos padecimientos que hoy la atormentan, prosiguió Abderramen sonriendose, nos darán felizmente, á ti un hijo y á la Patria y á mi un bástago que perpetue en España la noble estirpe del valiente Al-ahmet.

—Quiéralo el Profeta, exclamó Als-gerib.

—Mira á sazón de Patria, continuó el rey variando de tono y señalando el papel que habia en el suelo; ahí tienes un parte que acaba de presentarme el Alcatif; en el que el Wacir de To-

ledo, Aben-Mafot-ven-Ibrain comunica la noticia de una pequeña insurreccion de los cristianos y judíos del Arrabal, contra un escuadron de su ejército, y pide aumento de tropas para aplacar el alboroto.

—Siempre está importunando ese Aben-Mafot, respondió Als-jerib con rabia; entregado constantemente á las delicias de sus odaliscas, ó á los placeres de su corte; llena de partes la secretaria del Rey cuando un cristiano ó un judío da el grito de rebelion. Pues qué, ¿no tiene á su disposicion un ejército numeroso con que pulverizar los pocos cristianos del Arrabal? ó quiere el buen Wacir que vaya la guardia del Rey á velar su sueño?

—Poco indulgente estas con él, Als-jerib; dijo Abderramen sonriéndose.

—Señor, no he visto en él desde que es Wacir una sola accion de valor.

En este momento asomó á la puerta un eunuco, y despues de doblar la cabeza hasta la cintura anunció que el Elymas Mahomet deseaba audiencia.

—Que entre, dijo Abderramen.

—Pasad; repitió el eunuco retirándose.

Y Mahomet apareció en la cámara del Rey, grave, austero y macilento, con un pergamino desplegado en la mano. Despues del saludo de fórmula;

—O gran Abderramen, comenzó por decir: desde que cerrado en la Mezquita trabajo asiduamente en la ciencia de la verdad; una sola vez os he importunado con mi presencia, y esta fué para deciros que pasáran vuestras tropas á la isla de Celta, pues estaba escrito que Alá la habia destinado para hacer parte de vuestros dominios; los hechos comprobaron mi profecia; y la isla se halla en vuestro poder.

—Es verdad; lo interrumpió el Rey.

—Contemplando noche y dia los astros, prosiguió el sabio con los ojos bajos; desentrañando los anagramas de mis antecesores por descubrir la verdad que anhele y que huye delante de mis ojos á medida que la busco; he encontrado otro incidente cuya noticia puede ser útil á mi Rey y á la Patria.

—Cuál? preguntaron á un tiempo Abderramen y Als-gerib.

—Los cristianos de Toledo se han levantado contra vuestro Wacir Aben-Mafot.

—En efecto, repuso Abderramen con presteza; ahí está el parte que dá la noticia á la secretaria, y señaló el papel tirado en el suelo; pero eso ha sido cosa de nada y ya ha concluido.

—Así es; mas los cristianos del Arrabal inflamados por un sacerdote que se ha puesto á su frente; han llamado tropas en su auxilio; estan recibiendo secretamente socorros de hombres y de comestibles, y si no se acude pronto con un ejército numeroso y una cabeza perita; ah! peligran los moros de Toledo y tal vez se viera plantada la cruz en el altar de la media luna.

La impresion que semejante advertencia produjera en el ánimo de Abderramen y de Als-gerib, es fácil de comprender: atónitos al principio, se agitan despues; y ambos se disponen á tomar las medidas mas enérgicas para impedir un estallido que pudiera arrancarles una de las principales ciudades de sus dominios.

—Señores, prosiguió luego Mahomet, una gracia tengo que pedir á mi Rey,

—Hablad: dijo este.

—Yo no he venido á España solo á cultivar mis estudios; he venido tambien á medir mi brazo con el brazo del cristiano; á entregarme á la guerra santa que aquí se sostiene.

—Cómo!... exclamó Als-gerib alarmado: y vos pensais ponerlos al frente de las filas?... no veis ó sabio, que el enemigo descargará sus tiros contra vos al reconoceros el célebre Mahomet?

—Generales peritos, hay en mi ejército, continuó el Rey, que pueden dirigir esa batalla con acierto, sin que un Elymas se esponga á ser víctima del furor cristiano, privando al propio tiempo á la Patria de sus útiles conocimientos.

—Venceremos: respondió el sabio; y aun cuando muriese Mahomet, la Patria, la religion no pierden el Elymas; eso no. Ahí queda mi hijo Alí, que aunque niño me iguala en conocimiento, y él es el destinado por Alá á terminar el abance comenzado en la cuerda de Lobeid. Pero dado caso que yo fuese

víctima de los cristianos como decis, ó Als-gerib, prosiguió fijando en él sus ojos: ¿qué mas puede desear un anciano que ya ha servido á su Rey y á su Dios, sino morir en la guerra Santa? (1). Despedazado mi cuerpo por el cristiano truzará mi alma con paso seguro el puente AL-SIRAB (2), y mi propio alfanque ensangrentado en los infieles, será la llave que me abra las puertas del Paraiso. Sí; con permiso de mi Rey, yo y no otro mandará el ejercito que parta en auxilio de Toledo. Allí orará en la Mezquita, y antes que lleguen los partes militares, ya sabrá Allí el resultado de la accion.

Ni Abderramen, ni Als-gerib se opusieron mas al ver la obstinacion de Mahomet; porque creidos buenamente en su ciencia y en su mágia, uno y otro supersticiosos al estremo como moros, confiaban en el feliz resultado de la accion, si el Elymas la mandaba.

Inmediatamente se tomaron disposiciones para aprestar el ejército de marcha; y Mahomet pidió cuatro dias de término con objeto de despedirse de su hijo, el nuevo Mago que comenzaba á brillar en el mundo, y darle las últimas instrucciones en la profunda ciencia de los secretos.

Trasladémonos un momento al palacio de Als-gerib.

En una de las habitaciones mas lujosas, oscura por hallarse entornadas sus ventanas ojivas, se ve desmayada sobre un lecho de seda á la hermosa Nocima.

Un médico de la corte de Abderramen, sentado á la cabecera, tiene constantemente entre sus manos el pulso de la enferma. Una mora jóven y robusta, llamada Loul, arrulla contra su pecho una niña recién nacida envuelta en un paño blanco, que es el fruto del costoso parto de Nocima: varios caballeros se pasean por la cámara agitados y silenciosos.

En el momento en que Als-gerib regresando del palacio del Rey se presenta en la habitacion de su esposa, exclamó el médico lleno de júbilo:

—Ya ha recobrado el sentido.

(1) Nota 1.^a, párrafo 16.

(2) Nota 1.^a, párrafo 15.

Con efecto; Nocima dió un suspiro y abrió los ojos. Cuando vió á Als-gerib que llegaba, retiró su mano de la del médico y estrechó las de su esposo que estaba loco de sorpresa y de alegría. Las primeras palabras que pronunció despues del accidente fueron pidiendo su hija: y como al instante se la entregase Loul, se incorporó para recibirla, y apretándola cariñosamente en su regazo, dijo á su esposo que la contemplaba de cerca.

—Mira Als-gerib, mira que hermosa es nuestra hija, *es mas hermosa que las flores de Cirene*: é imprimió un beso en sus mejillas.

Reunida poco despues en un salon suntuoso toda la familia de Als-gerib con algunos convidados; y colocando en medio á la recién nacida, segun costumbre morisca, murmuró el anciano padre de Nocima algunas palabras al oido de su nieta observando los ritos de su religion, y le puso por nombre ZAHRA, que quiere decir *flor*; por que su madre habia dicho que su hija *era mas hermosa que las flores de Cirene* (1).

La alegría que Als-gerib experimentó al reconocerse con una niña simbolo de su amor y de afecciones tan bellas duró bien poco, pues aquella misma tarde la empañó el sentimiento que produjo la repentina muerte de Nocima.

Por desgracia su alivio fué aparente; y el parto dificultoso al extremo habia lisiado la economía de la enferma en términos que tuvo fuerza para quitarle la vida en pocas horas.

Desesperado con tal desastre Als-gerib que tanto amaba á su esposa arrancó de los brazos de la nodriza á la tierna Zahra, en quien veia una imágen de su madre: y anegándola en lágrimas se entregó á los síntomas de un dolor profundo. Infeliz!... aun le esperaba otro golpe mas cruel...!

Mientras en el palacio de Als-gerib ocurrían las tristes escenas que hemos presenciado, otras no menos interesantes aunque diferentes, tenían lugar en el cimientó de la Mezquita de Córdoba.

Cerrados en el pequeño retrete Mahomet y su hijo estaban

(1) Nota 11, párrafo 1.º

haciendo los preparativos del viage. Mahomet llevaba caída á la espalda la capucha del albornoz y descubria una cabeza enteramente calva: hablaba con ligereza; sus ojos despedian fuego, y en su frente espaciosa se pintaba el entusiasmo de la sabiduria.

—Mira dijo á Ali tomando un pergamino desplegado de los muchos que habia por el suelo entre redomas de vidrio y vasos de metal. Esa ciencia profunda que poseian los judios, y que el sabio Daldal mi padre, hizo pasar al poder de los musulmanes, robándola con su astucia á Raquel, está contenida en este pergamino que el mismo Daldal me entregó al morir, en medio de una soledad de las montañas mas altas del Egipto; y que yo te entrego á tí, en nombre del Profeta, al partir para la guerra santa, debajo de los cimientos de la mezquita de Córdoba. Toma lee, y graba en tu cabeza.

Ali leyó.

El problema del nudo trece de la cuerda de Lobeid se divide en tres partes.

1.^a *Encontrar en la multitud de estrellas que esmaltan el cielo, la constelacion, el símbolo que lo comprende.*

2.^a *Desentrañar por medio de anagramas la significacion que encierra el símbolo.*

3.^a *Ejecutar al fuego del azufre las elaboraciones que prescriba.*

—Oye Ali, prosiguió despues; cuando Daldal puso este pergamino en mis manos me dijo: «Yo he resuelto el primer caso; á tí te corresponde resolver el segundo.» Al ponerlo yo en las tuyas te digo invocando al Profeta, «yo he resuelto el segundo, á tí te corresponde resolver el tercero.» Jóven afortunado, tu recogerás el fruto de tanto trabajo.

Ali callaba y escuchaba con atencion.

—No he concluido; prosiguió Mahomet: ya sabes que la virtud de la cuerda con trece nudos alcanza á hacer vivir invisible una persona gozando ó padeciendo por el tiempo que agrada al Mago; pero la cuerda, no... la verdad, no ha llegado aun

á su perfeccion; y su virtud se aniquila. Lee, continuó el sabio presentándole otro pergamino á medida que por grados se aumentaba la actividad de su rostro.

Alí leyó en voz baja.

Cuando hubo concluido se lo quitó Mahomet y derecho en medio del retrete oscuro, pronunció con energía los últimos renglones levantando al cielo sus ojos animados por la fuerza de la inspiracion.

—Ay de aquel Elymas, gritaba absorvido y agitando el pergamino entre sus manos; ay de aquel Elymas que arrastrado por la envidia, por el orgullo ó por la venganza, emplee en alguna persona la cuerda invisible con sus trece nudos: anatema sobre su alma! pesa sobre él la vida de todos los sabios que han sucumbido en el trabajo de la verdad; Lobeid lo dijo:

Entonces rollándolo con otros muchos lo entregó á Alí.

—Mira repuso, mientras abria la caja de ágata que contenia la cuerda; de hoy en adelante tu serás el Elymas de Mahoma; yo he dado ya fin á mi trabajo en el problema; ahora te corresponde á tí comenzar el tuyo. Asi que parta de Córdoba ha reune un cóncave permanente de cuatro ancianos Mahomet; ten abierta sobre la mesa la cuerda de Lobeid; y antes de recibir en secretaria el parte que yo envíe como general, tu sabrás como Mago la suerte que me ha deparado el Profeta. Si la cuerda permanece quieta yo vivo; pero si se contrae de repente, el Elymas Mahomet ha sido víctima del furor cristiano.

Semejantes lecciones formaron la despedida que el Mago dió á su hijo.

Al día siguiente del entierro de Nocima, el cual se celebró con toda la pompa de que era digna la esposa del Walí, se hallaban sentados sobre los cogines que rodeaban una cámara larga á la par que suntuosa del palacio de Als-gerib; Abderramen con su córte, los nobles Jeques y señores de la ciudad, el mismo Als-gerib con sus amigos, y Loul que arrullaba en sus brazos á la niña Zahra vestida de luto.

Esta reunion tan notable por los personajes que la componian esperaba impaciente al Elymas Mahomet, que se habia prestado en obsequio de su amigo Als-gerib, á descifrar el por-

venir de Zahra antes de marchar á la guerra contra cristianos.

Se presentó en efecto mas respetable que nunca, y todos, menos el Rey, se levantaron á su llegada.

Sin emplear el sabio mucho tiempo en saludos, tomó entre sus ásperas manos á la inocente Zahra, y se entró con ella á un gabinete oscuro, cerrando tras de sí la puerta herméticamente, y encendiendo en seguida una vela de sebo á cuya luz pálida se presentaba lívido su rostro macilento y descarnado.

Mientras él ejecutaba sin ruido las ceremonias cabalísticas que su arte profundo exigia; toda la nobléza del salon, incluso el mismo Rey, se conservaban en pié, porque suponian con fundamento que junto á ellos se estaria invocando el nombre de Mahoma. Ninguno habia que no se hallara algun tanto agitado; pero el que temblaba, movido por un impulso febril, era Als-gerib. Su hija; su amada hija, donde veia retratadas las facciones dulces y amorosas de su madre; su hija, único objeto de cariño que ya le quedaba en el mundo, estaba en poder de un Elymas que descifraba su destino; y ¿cual podria ser este?...

Reflexiones tan amargas para un padre por la incertidumbre de que iban acompañadas, agitaban la cabeza de Als-gerib, y sembraron la palidez en su frente. Cien veces le pesó una resolucion que ya calificaba de aventurada, pero se habia empeñado en ello el anciano padre de Nocima y debia ceder.

¡Oh amor filial! Als-gerib, el valiente guerrero en cuyo pecho jamás encontró cabida el miedo, se estremece, tiembla cuando tu llegas á tocarle el corazon...

Por fin se abrió en silencio la puerta del gabinete y apareció el venerable Elymas con Zahra recostada en el hombro izquierdo y un pergamino escrito en la mano derecha. La agitacion de Als-gerib llegó á su colmo; los ojos de la concurrencia estaban suspendidos de los labios del Mago: despues de dirigir sobre Als-gerib una mirada triste, que á nadie se escapó, y colocarse en medio de la reunion; leyó en el pergamino lo que sigue.

EN NOMBRE DEL PROFETA QUE ME INSPIRA.

PALABRA DE VERDAD.

La niña que sonrie en mis brazos será dulce, pura y radiante como la luz del Paraiso.

Sus ojos ejercerán imperio soberano sobre el amor de los Musulmanes.

Su hermosura llegará á ser proverbial.

Hará las delicias de su padre.

¡Anatema! En lo mas florido de su juventud, será víctima de un dardo emponzoñado con que le atravesará el corazon; la intrepidez de un cristiano.

—Guay! gritaron á la vez todos los concurrentes, levantando las manos, y Als-gerib cayó sin sentido.

Despues de un momento, en que gracias á los frascos de espiritus que le hicieron absorver por las narices, volvió en sí; se levantó furioso, se precipitó sobre su hija y estrechándola frenético en sus brazos gritaba aquel general con un acento tan tierno que conmovió al mas duro.

—Si hija mia, sí! morirás... el Profeta lo quiere; morirás en lo mas florido de tu juventud, pero tambien tu padre morirá contigo... el hado cruel que me ha arrancado mi esposa me arranca tambien mi hija; sí, moriremos... moriremos los tres, y los tres nos amaremos en la tumba...

A Als-gerib le iban faltando las fuerzas, y al verlo así el padre de Nocima, aquel anciano reverendo, exclamó con las lágrimas en los ojos.

—Y no hay, ó sabio, algun remedio para salvar la vida á Zabra? miradla; prosiguió señalándola; es tan hermosa... y su padre perecerá con ella como lo dice.

—Tal vez; respondió Mahomet despues de un instante de silencio; tal vez uno.

—Uno!... repitió Als-gerib con alegría, como saliendo de un letargo.

—No os aduleis antes de tiempo Als-gerib; quiere decir mi

ciencia que acaso pudiera encontrarse alguna débil probabilidad, que aunque incierta solo se consiguiese á costa de grandes sacrificios... sin responder tampoco de su buen resultado.

—Decídmela... continuó Als-gerib acercándose anheloso al sabio; un destello de esperanza de salvar á mi hija, de salvar á mi Zahra... ¿qué no haria yo por conseguirlo?... Qué será sacrificio para mi en este caso? ah! no sabeis cuanto la amo... decídmela pronto, cerrad la úlcera que habeis abierto en mi corazon...

—Escuchad padre desgraciado; prosiguió el Elymas con gravedad.

La atencion de la concurrencia se hallaba pendiente de este diálogo, en el que todos se interesaban.

—Escuchad: si renunciáis al boato de la córte; si teneis fuerza para ocultar el lustre de vuestra familia y el brillo de vuestras palmas en un castillo solitario, que siempre se encuentre en estado de defensa; ó marchais á un pais desconocido del cristiano; tal vez vuestra hija, esa azucena que teneis en las manos, abra su corola y dé su fruto protegida por vuestra sombra.

—Y esto es sacrificio, gritó Als-gerib lleno de gozo, para un padre que va á salvar una hija, tan hermosa como la mia... ah! miradla sonreír... si; con permiso de mi Rey huiré de España; volveré al Africa, y en las chozas que habitaron mis abuelos viviré feliz con mi hija; allí... retirado del mundo la veré crecer, la veré desarrollarse sin temor, y sus halagos serán un nectar que colme de delicias los últimos años de mi vida. O mi Rey, añadió mirándolo con dolor; ó mis amigos! tengo que apartarme de vosotros para salvar á mi hija; no lo ois? El Elymas Mahomet me lo manda.

Entonces Abderramen dió un paso hácia él, y con cierta gravedad mezclada de sentimiento, dijo echándole la mano sobre el hombro.

—De ningun modo saldrá el Walí de España: Abderramen te lo suplica; el Rey te lo manda. Por salvar una hija abandonas á tu madre patria? pues qué ¿no hay medios de que esa flor, como ha dicho el Elymas, vegete impune en España? no hay en

mis dominios alcázares, cuyo suelo jamás ha pisado el cristiano sino conducido por el moro á ser víctima del Profeta? no tienes ahí el castillo de Cervera que todos mis valientes confiesan ser un nido de águila suspendido en un peñon inaccesible? rodeado de murallas, defendido por tus fieles Zenetes, ¿quién puede allí atentar contra tu Zahra? y si esto no basta ó Wali, prosiguió el Rey mas enternecido; oye los ruegos del amigo de tu infancia; me abandonas á mi tambien Als-jerib? abandonas á tu compañero de la calzada vieja?

—No mi Rey; respondió Als-jerib conmovido al estremo; jamás saldré de vuestro imperio; y pues que el Elymas me prescribe huir de España ó cerrarme en una fortaleza aislada, opto por lo segundo.

—Y yo te nombro', lo interrumpió el Rey, Emir de Cervera y su castillo.

—Sí; en aquella peña que segun cuentan se burla del enemigo y que engalanaré con todos mis intereses en obsequio á Zahra, vivirá dichoso con mi hija; tambien el Elymas lo ha dicho, *hará las delicias de su padre.*

—Y el Rey y tus parientes y tus amigos, repuso el padre de Nocima, podrán visitarte en dicho alcazar de tiempo en tiempo; y siempre vivirá Als-jerib en la memoria de la corte de Córdoba.

—Oid; dijo de nuevo Mahomet dirigiéndose á Als-jerib.

Todos volvieron á fijar sus ojos en el sabio, y á escucharle con silencio.

—Cuando os saludé por vez primera me acogisteis, ó Wali, con agrado y con afecto; al despedirme de vos por última vez acaso, estoy en la obligacion de manifestaros sinceramente cuanto me dicta mi ciencia en favor de la seguridad de vuestra hija.

—Hablad, ó Mago, ya os escucho.

—En el castillo de Cervera á donde vais, no tenga entrada mujer alguna; y la servidumbre de Zahra sea de eunucos: el corazon de la mujer es muy débil, y puede ser vencido por la sagacidad de algun cristiano. Tomad, añadió entregándole el pergamino en que habia escrito el porvenir de Zahra; no per-

dais ese pergamino; conservadlo en vuestra cámara, y él será un amuleto saludable para la vida de vuestra hija, que el Profeta conserve muchos años.

Dicho esto con solemnidad hizo una profunda cortesía, y salió de la cámara. Todos lo imitaron al poco rato, y Als-jerib comenzó á tomar las disposiciones de su viaje para tan pronto como á Zahra pudiera separársele del regazo de la nodriza.

Dos días despues de los acontecimientos que hemos presenciado en las cámaras de Als-jerib, se veia formado en la plaza del palacio del Rey un formidable ejército de musulmanes.

Sus alquiceles blancos; sus turbantes blancos unos y encarnados otros, presentaban un campo sembrado de margaritas y ababoles; y el sol de la mañana reflejaba sus rayos en las armas de acero, en los casquetes y medias lunas de bronce. Abderramen se asomó con la córte á una ventana ogiva en medio de las aclamaciones del pueblo; salió en seguida por la puerta del Palacio montado en un corcel negro el Elymas Mahomet, con la capucha bien metida, el cual levantando en alto la bandera de la media luna, pronunció una fogosa arenga que inflamó el ánimo de los guerreros; hizo despues una cortesía al Rey, y poniéndose á la cabeza del ejército entusiasmado, rompió la marcha para Toledo al son de cien clarines y atabales.

ALI.

Desde el momento en que partió de Córdoba Mahomet se estableció en el retrete que ya conocemos de la Mezquita, el cónclave permanente, compuesto de cuatro ancianos venerables de la ciudad, llamados Mahomet (1), y presidida por Alí; por un niño de once años, pero que reunia en su espíritu la ciencia mágica de Lobeid, de Casia, de Daldal, de Apolonio y de Mahomet.

Era cosa admirable, ver en un pequeño subterráneo cuatro ancianos de blancas y largas barbas, sentados en torno de una

(1) Nota 12.

mesa de piedra, esperando el aviso del jóven descendiente de Daldal.

Ocho dias pasaron así sin que diera ninguna noticia Ali, que incésantemente tenia fija la vista en la cuerda misteriosa, la cual desplegada sobre la mesa se ocultaba á los ojos de los cuatro ancianos.

Era la primera vigilia de una noche silenciosa, cuando el nuevo Elymas lanzó un grito de horror.

La cuerda invisible se habia contraído con violencia del mismo modo que una agujeta de pergamino aplicada repentinamente al fuego.

—Mi padre es muerto! exclamó Ali, y se cubrió el rostro con las manos.

Sin perder tiempo marchó uno de los ancianos á comunicar tan infausta noticia á la córte de Abderramen, y el sentimiento y la consternacion se sembraron en toda la ciudad al escucharla.

Seis dias habian trascurrido cuando recibieron en Secretaria un parte de Toledo, que se leyó estando presente el mismo Ali, y decia de este modo:

En nombre de Alá clemente y misericordioso.

Aben-Mafot-ven-ibrain, bacir de Toledo, y vuestro esclavo, á su gran Rey Abderramen, salud:

El dia cuarto de la luna pasada, juntos los cristianos del Arrabal con otro gran número armados que en secreto se habian reunido de las inmediaciones, atacaron con alevosía á las tropas del Rey, que desprevenidas no pudieron oponer resistencia. Iba lo mejor del combate de parte del enemigo, cuando llegó el ejército mandado por Mahomet, á cuya vista se cambió la suerte de las armas. Acomete el Elymas con veinte caballos á los cristianos que huyen precipitados al arrabal; los sigue furioso aquel, y llega tambien hasta el mismo arrabal; cierran entonces los infieles la puerta de la visagra; y queda burlado el gran ejército dentro de las murallas. Los veinte caballos son vilmente asesinados, pero queriendo saciar su venganza sobre el Mago, mas que sobre otro ninguno, lo ahor-

caron de un árbol y despues quemaron su cuerpo en la plaza, orgullosos con el refuerzo que ya veian llegar por las inmediaciones. Cuando el ejército de mi Rey rompió las puertas de la ciudad, se habian internado los cristianos en lo escabroso de las montañas; y á muy pocos se les ha podido dar alcance, en los que queda vengada, aunque insuficientemente la muerte del Elymas.

Aven-Mafot, etc., etc.

Muy fácil es concebir la impresion que este parte produciría en la córte de Abderramen.

Alí despues de haber dado un momento libre curso á los primeros impulsos del dolor; gritó furioso en medio de la reunion, levantando los ojos al cielo y despidiendo llamas en su mirada.

—JURO EN NOMBRE DEL PROFETA NO TOMAR MUJER POR ESPOSA, HASTA HABER VENGADO LA MUERTE DE MI PADRE, QUEMANDO UN CRISTIANO TAN NOBLE COMO ÉL.

Desde el punto que el Elymas fué muerto en Toledo; recayó sobre Alí la obligacion que el Coran impone á sus sectarios, de vengar á su pariente, dando á un cristiano de igual raza que el moro sacrificado, el mismo suplicio que aquel haya recibido; pero Alí, fogoso en extremo, y amante de su padre, quiso agregar á este deber que le imponia su religion, el voto voluntario de no entregarse á las delicias del himeneo hasta haber satisfecho su juramento.

Pasados algunos meses dijo Als-gerib á Alí:

—Oye jóven; hijo de mi amigo Mahomet, no quisiera abandonarte en tu juventud; yo voy á partir para Cervera, terreno sinuoso, segun lo describen los que lo han visto; vente conmigo: desde ahora te nonibro Walí de su castillo, que Abderramen nuestro Rey me ha donado; allí tendrás cuevas y sótanos donde entregarte libremente al estudio de la mágia; y aquel pais montuoso te efrece tambien ocasiones sin cuento de probar el valor de tu brazo en repetidas algaras contra los cristianos.

Calló Als-gerib; y Alí no tardó en resolverse. Despues de darle las gracias por su ofrecimiento contestó que estaba dispuesto á seguirle.

Als-gerib, observando minuciosamente las prevenciones del Elymas Mahomet; despidió las mujeres que estaban al servicio de su niña Zahra; y nombró por único ayo de la tierna Princesa á Alsfar, moro Zenete de una familia notable por su pro-vidad y honradez.

A los cuatro dias enternecido en sumo grado se despedia Als-gerib de la Corte, de sus parientes, de su Rey y amigo Abderramen que lo estrechó en sus brazos; y á la cabeza de un brillante escuadron, capitaneado ya por Ali, dió su último adios á Córdoba dejando en pos de sí el luto y la consternacion.

Cuando llegaron á Cervera hallaron este pueblo reducido á la mayor miseria. No habia otro barrio que el barranco de Tollo acogido timidamente en la falda del castillo, y habitado por algunas familias pordioseras de árabes. El rio se deslizaba sobre vastas praderas de yerba; en el alcázar solo se veian los cimientos de un gran cerco de muralla; y en su centro algunos bastiones almenados, aunque sueltos, es decir, sin enlazar con otros; anunciando todo una gran obra comenzada pero sin concluir.

Hé aquí el Cervera que los romanos legaron á los moros.

Ali esperimentó una sensacion de placer al encontrar entre estas breñas un asilo el mas apropósito para continuar el estudio de la magia.

Saliendo un dia casualmente del barranco de Tollo, y dirigiéndose por el mismo al Occidente; en aquel punto en que ya no habia edificios se iba viendo sumergir por grados en un abismo que se estrechaba á cada paso llenándolo de satisfaccion con su aspecto imponente. Dejaba á la espalda un barrio miserable; veia á su frente un canal hondo y oprimido; á su izquierda una elevada moatãna en cuya cúspide se levantaban las murallas del castillo que desde allí parecian confundirse con las nubes; y á su derecha otro monte, último término de una inmensa cordillera de colinas.

Cansado de andar por una rambla angosta y casi subterránea se halló al concluir la falda del castillo en una cueva profunda, madre de aquel barranco. Alta y estrecha en su boca, era por dentro irregular y oscura. De su techo de piedra caia

incesantemente una gota de agua que se sumergía en el suelo de arena; y el silencio que allí reinaba lo interrumpía solo el ruido monótono de la gota. Ya habrán advertido nuestros lectores que esta no es otra que la cueva de Marimon.

Allí se precipitó en ella como el gavilán se precipita en la caverna que ha encontrado para su nido; y sentándose en el fondo sombrío dijo:

—Tu eres la mansion destinada por el Profeta para resolver el problema de la verdad.

La noticia de que el ilustre Wali de Abderramen iba á habitar Cervera, cundió al instante por los contornos; y todos los moros diseminados en los pueblecillos inmediatos, corrieron á refugiarse bajo sus tropas. Als-gerib naturalmente benigno, se sonreía al ver formarse su pequeño imperio; distribuyó entre ellos los campos para que panificasen los montes y plantasen de árboles las praderas regadas por el río; y entonces nació la deliciosa vega que ya hemos conocido.

Protegida por Als-gerib la agricultura, fué aumentando las riquezas; las riquezas aumentaron el vecindario; el mayor vecindario exigía mas pueblo, y este se fué dilatando por la parte meridional del peñón formando el que hoy se llama barrio bajo, y plantó allí su Mezquita.

Als-gerib empleó al mismo tiempo multitud de brazos en levantar el castillo sobre los cimientos de los romanos; lo que tal vez sea la causa de que las murallas se presenten relejadas en dos escalones; lo fortificó con valientes rebellines; y como que allí y no en otra parte iba á vivir con su hija, construyó los bonitos jardines de que ya tenemos noticia y abrió el subterráneo para subir el agua del río.

Por la multitud de baños que los generales de Als-gerib plantaron á sus orillas, y por suministrar el agua para los suyos y para los de su hija, tomó este río el nombre de río ALHAMA, que significa *rio de los baños*: y Als-gerib el de ABOUALHAMA que quiere decir *poseedor del Alhama*.

Edificó el gran torreón del homenaje; y al rededor de la plaza las habitaciones de los jefes cuyas familias moraban en el pueblo: trajo hábiles maestros de Argel y de Córdoba que

adornasen las cámaras reales con todo el lujo de un Príncipe oriental: y cuando hubo determinado ya la de su hija y la suya; clavó en la última un diente de javalí, del que colgó un cuadro envuelto en un paño negro; LA PROFECIA DE MAHOMET SOBRE SU NIÑA; cuadro misterioso que ya vieron nuestros lectores sin poder comprender entonces su significacion.

En una palabra; Cervera se convirtió en poco tiempo de un barrio miserable en un pueblo voluptuoso, temible para el enemigo, y lleno de diversiones para sus habitantes. Los jardines del Castillo crecian á medida que crecia Zahra; quien desde la infancia comenzó á descubrir su rara hermosura y las virtudes de su corazon; su padre la miraba estasiado y la córte la contemplaba con delicia.

Alí, que cerrado hacia tiempo en la cueva de Marimon, permanecia absorvido en los estudios de la mágia; sintió de repente otra mágia que tocaba mas de cerca su corazon; la mágia adormidera de los ojos de la Princesa.

Viendo este jóven abrirse ante su fantasia un mundo desconocido para él; pero un mundo mas dulce y mas animado que el de la ciencia; no quiso ni pudo resistir sus impulsos y se entregó desbordado á sus placeres. Colocó la cuerda invisible de los once nudos con todos los pergaminos de los sabios sus antecesores, en un agujero de la cueva de Marimon, para volver á ellos cuando apagado el fuego del amor, se hallase mas tranquilo; mandó cerrar la entrada con una gruesa muralla de piedra sillar; y aquel jóven que habia reunido en su cabeza la sabiduría de tanto Mago, la vió en un solo instante convertida en un devaneo de aduladoras ilusiones. Amaba á Zahra y la amaba con delirio; amor tan vehemente encendia su alma; y le hacia desear la gloria, las acciones, la guerra; y como por otra parte tenia que sacrificar un noble cristiano antes de desposarse; se arrojó furioso á las batallas donde hacia prodigios de valor.

Abou-Alhama por su parte estaba contento de que el hijo de Mahomet amara á la Princesa; y él mismo fomentaba dicho amor con solo no oponer repugnancia á los galanteos del Wali:

Zahra volando de continuo por las esferas ideales de su mente, no podia fijarse en una cosa terrestre; no podia querer á un hombre real; y siempre suspiraba por esos fantasmas de bellos matices que su imaginacion creaba con mas primor en las noches placenteras de verano: pero amable, benigna y candorosa se sometia risueña á la voluntad de su padre sin saber que lo hacia; porque jamás habia pensado si podria dejar de hacerlo.

Zahra como todos se habian prometido, era hermosa, pura y radiante; Zahra hacia las delicias de su padre que la queria con delirio, y Zahra robaba el corazon de los musulmanes. De este modo socorriendo al indigente, como ya digimos, intercediendo por el desgraciado y siendo el asombro de cuantos ricos árabes venian á visitarla; se deslizaron suavemente en los jardines del castillo las diez y ocho primaveras de Zahra; sin que cada año hiciera otra cosa que agregar una perla al tesoro de su hermosura; aumentar una flor al ramillete de sus gracias.

Generaciones del siglo XIX; cuando fijais los ojos en los restos demolidos del castillo que se ofrece á vuestra vista; qué distantes os hallais de creer que bajo sus murallas pulverizadas, sin fuerza hoy para arrancar una reflexion de vuestra mente ocupada solo en la grangeria y en el orgullo; se desplegó algun dia todo el lujo oriental; se ostentó la magnificencia de un Emir poderoso; y entre jardines amenos, y entre cámaras entapizadas respiró una Princesa mas hermosa que las uries del Paraiso de Mahoma. Ah! si preocupado vuestro ánimo, no quiere leer las páginas impresas en este monumento venerable, escuchad por lo menos su voz terrible que en silencio os dice:

«El tiempo; ese genio voraz é insaciable que aniquiló tanta grandeza; que consumió tanta hermosura; aniquilará tambien vuestro interés, consumirá vuestro orgullo, y de vuestras glorias, de vuestras vanidades, tampoco dejará á la posteridad otra memoria que unas ruinas barridas y olvidadas como LAS RUINAS DEL CASTILLO DE CERVERA.»

CAPITULO IV.

CARIDAD DE ZAHRA.

BRILLÓ por fin el día tan deseado para Ali; un sol claro her-
moseó los montes y las florestas; alumbró la habitacion de
Zahra, y reflejó sus rayos en la media luna de la bandera.

Desde la madrugada se veia en la plaza de los baños una
gran hacina de leña. Multitud de negros diseminados por los
montes vecinos, descargaban ea ella las semantas de enebros
que traian acuestas, y en las almenas de la torre colgaba un
cordel nuevo recientemente untado en sebo.

El ejército vestido de gala, los clarines y atabales, anuncia-
ban una gran fiesta. El Wali se paseaba entre sus escuadrones
orgullosa, arrogante, satisfecho: y cómo no? qué deseaba este
jóven? unirse á la princesa Zahra? ser dueño de aquella flor
cuyos perfumes se estendian á larga distancia? Por su amor tan
vehemente habia abandonado la mágia, habia abandonado la
ciencia de sus abuelos, mas para disfrutarlo necesitaba un cris-
tiano noble á quien sacrificar; esta necesidad retardó largo
tiempo su enlace; pero hoy todo sonrie á sus ojos como el día
hermoso que acaba de despuntar. Ve el cordel en las alme-
nas, la leña en la plaza, la víctima en el calabozo, y su

prometida entregada á un dulce sueño, segun el se figuraba, y esperando el momento dichoso de premiar su cariño arrojándose con alegría á sus brazos; pero se engañaba.

La Princesa apenas habia dormido en toda la noche; y si alguna vez cerraba los ojos rendida, le obligaban á abrirlos asustada, mil espectros horrorosos que se agrupaban de golpe á su mente.

Iban á matar un hombre en el castillo; un hombre indefenso; y esto era demasiado para su ternura: pálida; pero pálida á la manera fascinadora del jazmin y la azucena, se levantó temprano de la cama despues de haber tomado una determinacion resuelta: «sí; se dijo á si misma mientras se ponía con gracia el manto azul bordado en medias lunas de oro; no he suplicado mil veces al Emir por un esclavo culpable? por qué no he de suplicar hoy por un noble inocente?» Y tomando un martillo de plata pegó sobre un muelle de acero que habia en su cámara, á cuyo sonido vibrante se presentó al momento el anciano Als-far.

—Baja, dijo la Princesa y haz saber á mi padre que paso á visitarlo.

El anciano dobló la cabeza y se retiró.

A luego se hallaba la Princesa en la cámara del Emir arrodillada delante de él que la miraba asombrado.

—Alza hija mia; le dijo tendiéndole los brazos por la cintura.

—No; no me levantaré padre, sin que me otorgueis la gracia que os pido.

—Qué te he negado yo jamás? estas triste Zahra, estas desojada; ¿qué tienes hija mia?

—He llevado una noche cruel; apenas he dormido, y me han sofocado los ensueños; respondió Zahra reclinándose sobre las piernas de su padre que se recostó en los cogines de terciopelo; al cual miraba la inocente niña con ojos tiernos y sonrisa acariciadora mientras que su manto azul deslizándose del hombro derecho, se arrastraba por las alfombras de la cámara.

—Padre, qué significa ese ruido de trompetas y atabales; esa agitacion que reina en todo el castillo?

—Pues qué, lo ignoras hija mia, tú á quién tanto interesa?

—Ah! no lo ignoro, me interesa padre, bien decís; me interesa mas de lo que pensáis, porque yo no puedo sufrir ese espectáculo; y los horrores que el cautivo padezca en el patíbulo, no alcanzan no, á los horrores que padecerá mi corazón.

—Hija mia, qué quieres decir con eso? preguntó Abou-Alhama suspenso.

Zahra calló un instante, despues añadió:

—Padre, á qué hora es el suplicio?

—A las once.

—A las once...

Zahra conoció muy bien lo imposible que era librar de la muerte á un prisionero de guerra en las actuales circunstancias; pero apesar de todo, aun se atrevió á insinuarse á su padre.

—Por qué se le sacrifica? preguntó enternecida.

—Por qué? porque es una victima ofrecida por Ali' al Profeta, cuyo cumplimiento le pone en disposicion de recibirte por esposa.

Zahra hizo un movimiento asustada.

—Un suplicio... una victima inocente, abre las puertas á mi matrimonio? esclamó mirando á su padre sobrecogida; y creis padre que un matrimonio comenzado con sangre puede ser feliz?... ah! los gemidos de la victima me perseguirán en el lecho del amor... padre, compadeceos de ese cristiano; dijo por fin sollozando: ¡cuantas lágrimas costará á sus hijos!... ¡qué haria yo, si á vos os ahorcara el ejército enemigo?...

Zahra cubrió las lágrimas con el manto; el Emir se iba enterneciéndo con las espresiones de su hija.

—Ay! prosiguió la Princesa; cuánto habrá padecido esta noche, y quanto he padecido yo con él! Mientras yo descansaba en una cámara lujosa, en un lecho de seda; él estaba cerrado en un lóbrego calabozo y tirado sobre el suelo; solo, sin alimento, separado de su familia, ¡qué mas tormento que el que ya se le ha dado?

—Mucho te interesas, hija mia, por el cristiano?...

—Ay padre! es un hombre que va á morir sin culpa; salvadlo: ó al menos dejadme á mí huir de una escena tan horrosa.

El Emir muy habituado á tales súplicas de Zahra, toda compasion, y toda piedad, luchaba callando entre los ruegos de su hija, las exigencias de Alí, y el cumplimiento de sus deberes.

—Salvado... repitió para sí, y cómo respondo á los argumentos del Wali? continuó en alta voz mirando á la Princesa.

—El Wali es jóven, valiente, respondió esta sonriéndose al pronunciar las últimas palabras; y pronto hará otro cautivo.

—Y pronto volverás tu á asustarte y á suplicarme por él: le dijo Abou-Alhama con dulzura.

—No... no lo haré; entonces lo sacrificará allá... en los campos de la guerra, en lo mas encarnizado de la pelea; asi está bien: pero traerlo al castillo á morir indefenso... convertir el dia de su muerte en un dia de gala... padre eso es muy cruel, eso no puede caber en un pecho noble. Yo tiemblo, yo sufro al pensarlo, cien veces mas que el mismo cristiano.

En efecto, Zahra estaba pálida y sobrecogida; el Emir la miraba en silencio. Despues de un minuto de reflexion añadió con ojos suplicantes.

—Me permitireis ir á la Mezquita á orar durante esas escenas?

—Si hija mia.

—Y ahora me permitireis bajar á dulcificar algun tanto los cortos momentos de vida que restan al desgraciado?

—Pues qué vas hacer?

—Proporcionarle alimento y cama hasta que lo llamen al cadalso.

El Emir condescendió con la Princesa, y ella creyó ver de este modo satisfecha en parte la caridad que le impelia con un poder oculto é irresistible: no podia salvarlo y socoriéndolo descansaba algun tanto su alma pura. Abou-Alhama pegó con un martillo en un muelle, y al momento se presentó un ayuda de cámara argelino.

—El ayo de la Princesa, el albacir, y dos alfaraces: dijo el Emir en tono imperioso.

El ayuda de cámara hizo una cortesía y se retiró. No bien

habian pasado dos minutos cuando entraron el ayo y el albacir; los alfaraces con espada en mano quedaron en la antecámara.

—Als-far, volvió á decir Abou-Alhama mirando al primero; acompaña á mi hija. Albacir, las órdenes de la Princesa sean obedecidas.

Zahra acompañada de su ayo salió contenta de la habitacion de su padre: el albacir con un manojo de llaves en la mano la seguia respetuosamente, y detras los alfaraces cuyo paso acompasado resonaba en las escaleras de la torre.

—Princesa, adonde vamos? preguntó Als-far.

—Al calabozo del cristiano: respondió Zahra con gracia.

Als-far y el albacir no se admiraron poco de semejante respuesta; pero callaron, porque estaban acostumbrados á obedecer y callar:

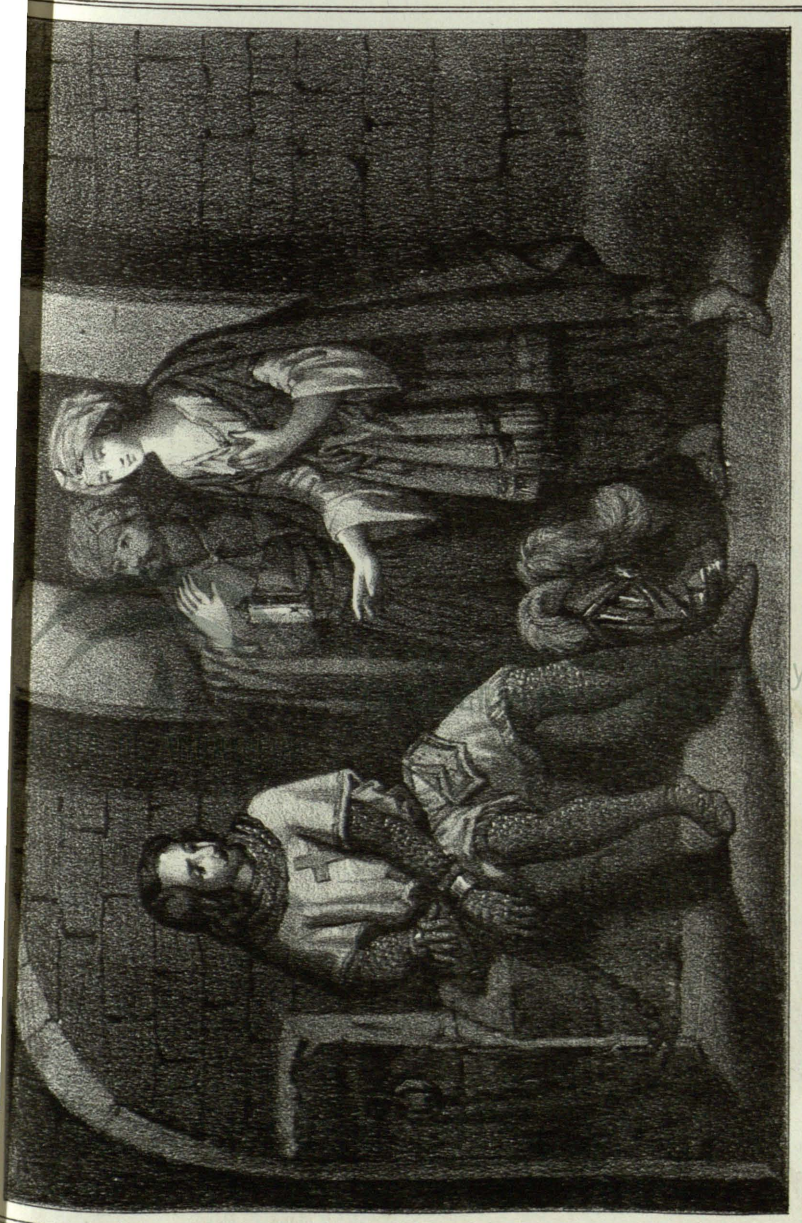
Mientras la Princesa desciende de la cámara á la mazmorra, dirijamos nosotros una ojeada por el cautivo. Se halla en la misma postura que cuando lo cerraron; su cuerpo cruje bajo los grillos y pesadas cadenas que lo martirizan; su rostro pálido descansa en una peña, y á su lado se ve tirada en el suelo húmedo la capellina con los tres hermosos penachos.

La falta de alimento, la falta de descanso, la desesperacion han hecho palidecer su rostro, y durante la noche ha sido víctima de mil recuerdos crueles que han despedazado su alma. En tal estado, abatido, fatigado por las fantasmas de la calentura, esperaba indolente un dia cuyo fulgor no podia penetrar en aquel subterráneo; un dia en que iba á ver desojarse las palmas y los laureles que comenzaban á adornar su juventud.

En lo mas acerbo de su dolor oyó un ruido sordo de pisadas que se acercaban por grados, y creyendo seria el verdugo que venia por él, exhaló un suspiro: este suspiro fué el adios que desde el centro de la tierra daba á su padre, á su familia y á su patria. Sereno como todo valiente soldado, aguardaba tranquilo la llegada del verdugo, cuando se abrió la puerta y se presentó Zahra.

El cristiano quedó pasmado.

Zahra con su rostro dulce, con su manto azul, con su tur-



Litografía de Castiell

ZAHRA en el calabozo de Tortun.

Cost. de los Angeles, 22.

bante blanco, alumbrada por la ténue y fugitiva luz de una linterna que conducia Als-far, no parecia mujer; era una diosa, era el ángel de los desgraciados que bajaba del cielo á socorrer al cristiano: vacilante como la luz que la alumbraba, vaga como los deseos de una niña, vaporosa como las ilusiones de un sueño, tenia absorvida la atencion del cautivo.

Este mancebo que esperaba el verdugo y de repente se encuentra con una jóven celeste, cree delirar, cree que ya ha sufrido los rigores de la horca y comienza á experimentar las delicias del Paraiso.

La sorpresa de la Princesa no es menos fuerte que la del cautivo; ella descende de su nido de seda á un calabozo oscuro, impelida solo por su caridad, por ese sentimiento de ternura que la domina; descende á socorrer un infortunado, á socorrer un guerrero desconocido que va á morir impugne: un guerrero que segun ella pensaba en sus adentros debia ser anciano, feo, terrible y furibundo, porque asi eran todos los cristianos que sus ayos le habían descrito en los cuentos con que arrullaron su infancia; pero al distinguir las facciones expresivas y melancólicas del jóven prisionero, se aturdió Zahra por vez primera en la vida, porque por vez primera vió un ser humano que correspondiera á sus simpatias. Su rostro largo y pálido, sus ojos apasionados, sus cejas negras, su larga cabellera que le cubria las orejas, todo ofrecia á la vista de la Princesa un cuadro nuevo que le robaba el corazon.

Luego, su brillante armadura de acero; su coraza cubierta de timbres y de blasones, la capellina con sus veleidosos penachos; el silencio que guardaba por otra parte, la postura abatida de sus miembros, le recordó un jóven fresno sobre cuyo gallardo tallo está amenazando la segur del labrador; y Zahra tembló estremevida.

Despues de permanecer largo rato embargada en sus reflexiones y contemplando al cristiano que tambien á ella la contemplaba y le decia con su persona. «Hay otro mundo, hay otros hombres de tí desconocidos;» comenzo á hablar con voz dulce pero conmovida.

—Cristiano, le dijo; como te llamas?

La voz del cristiano no estaba mas entera que la de la Princesa.

—Me llamo Fortun.

—Y cuanto habrás padecido esta noche!

Fortun exhaló un suspiro.

—Ah! bien lo sabe Dios; me ahoga la humedad, y estas cadenas tan prietas me martirizan.

—Si? te martirizan mucho? Albacir afloja las cadenas.

El cristiano se admiró de nuevo al oír la orden de Zahra; pero especialmente los moros; aquellos hombres feroces y sanguinarios que no habiendo libado jamás la caridad, no habian libado tampoco los placeres que ella proporciona; esos placeres sublimes y superiores á cuantos el hombre puede gozar en la tierra; esos placeres que son una fruicion de los que nos estan reservados en el cielo.

Semejantes al ciego de nacimiento que no conoce el sol; que no conoce la naturaleza y no cree por lo tanto que se puede gozar en sus delicias; privados de caridad aquellos brutos no alcanzaban tampoco las bellezas de esta virtud; no concebian que el hombre halle placer en socorrer á otro hombre; y al observar á Zahra siempre socorriendo al desgraciado, siempre lavando las lágrimas del afligido, como ahora la vemos; no encontraban una esplicacion que darse de tales acciones.

—Quiéres que te bajen una cama para que descanses? preguntó la Princesa al cautivo.

—Una cama... respondió el cautivo sonriéndose con amargura; pronto encontraré una eterna; la del sepulcro.

Zahra calló comprimida; luego prosiguió:

—Mira cristiano, si te echas á los pies del Walí, tal vez...

Zahra tocó sin saberlo lo mas vivo de la úlcera; tocó el honor de un guerrero cristiano; asi es que Fortun animado por un fuego interior, se incorporó repentinamente, á cuyo movimiento crujen sus cadenas, cruje su armadura, y sacudiendo la cabellera grita con ojos llenos de vida.

—Yo echarme á los piés del Walí que me ha aprisionado... el hijo de Hernan á los piés de un moro... ah! no padre, no témas; bajaré á la tumba, pero sin manchar tu nombre...

Zahra radiante de alegría, exclamó antes de que Fortun acabara de hablar.

—Hernan has dicho?... tú eres hijo de Hernan?

Fortun la miró estupefacto.

—Señora; y por qué os admirais? repuso luego; conoceis acaso á mi padre?

—Fortun, ya estas perdonado, y el perdon no se lo debes á ningun moro. Hernan te salva; yo misma voy á interesarme por tí con el Emir; pronto estarás en libertad.

—Señora, vos os interesais por mi? vos que segun vuestro séquito sois la Princesa del castillo, en cuyas aras voy á ser sacrificado, implorais mi libertad? Señora, vos sois mi ángel, sois mi diosa...

Mientras Fortun pronunciaba las últimas palabras hizo una señal Zahra al albacir y se retiraron; al llegar á la puerta del calabozo se arregló aquella con gracia el manto que se deslizaba de los hombros; y protegida por este movimiento dirigió á Fortun una mirada furtiva sin que pudiera ser observada ni de las guardias, ni de su ayo.

La mirada de la mora chocó con otra mirada del cristiano.

Como la luz faltó de repente; como el calabozo volvió á su antiguo silencio; como las escenas que acababan de suceder eran tan extraordinarias; Fortun creyó que despertaba de un sueño, y hubiera continuado en semejante engaño á no sacarlo de él, el ruido monótono de las pisadas de los alfaraces que se alejaban los últimos.

Durante este tiempo se paseaba Alí en la plaza de los baños acompañado de varios generales.

Todo sonreía á sus ojos; por la contramuralla asomaba la gran hacina de leña donde se iba á quemar el holocausto ofrecido en venganza de su padre; la hermosa Zahra, cuya fama se estendia á lejanos paises, pronto iba á ser su esposa; matrimonio que sobre coronar de amor sus sienes, le hacía tambien heredero de Cervera, de su castillo, y de el título de Emir ó soberano: hasta la belleza del dia le incitaba á multiplicar sus rosadas ilusiones: los árboles brindaban con sus frondosas copas; las flores desplegaban sus matizadas corolas; el céfiro de la ma-

ñana agitaba las banderolas de los baños: y entre tantas delicias es donde Alí se pasea, orgulloso como vencedor, satisfecho como enamorado correspondido, y agradablemente adulado por los cumplimientos de sus amigos é inferiores.

—Pero sigamos á Zahra que ha llegado á la cámara del Emir.

Sosteniendo el manto que ondula á sus espaldas como las alas de un pichon, se abraza á su padre y besándole la mano esclama agitada.

—Padre, ahora si que puedo rogaros por el cautivo con descaro; vos mismo le vais á perdonar sin que yo os lo suplique.

—Pues qué hay? exclamó Abou-Alhama en extremo sorprendido, mirando á su hija de hito en hito.

—Qué hay? que el prisionero es Fortun, el hijo de Hernan...

—El hijo de Hernan! gritó el Emir haciendo un movimiento de sorpresa.

—Sí, de Hernan; del noble anciano que os libró la vida, que os alargó la mano cuando os hallabais caido bajo vuestro caballo.

—Pero es el mismo Hernan?...

—No queda duda, su hijo es tan noble como él.

Abou-Alhama pegó con el martillo en el muelle, á cuyo sonido se presentó un ayuda de cámara.

—Di al albacir que quite las cadenas al cautivo y que lo presente aquí.

El ayuda de cámara inclinó la cabeza y se retiró.

—Padre, le perdonareis ahora? preguntó Zahra sonriéndose.

—Ah! si hija mia: es un deber en todo noble, y yo lo miro como una obligacion sagrada, corresponder al beneficio tan grande que me dispensó Hernan; hija mia.

Y la estrechó cariñosamente entre sus brazos.

—Oprimido por el peso de mi mismo caballo,alzada contra mi la tizona de su escudero, hubiera muerto sin remedio sino se interpone aquella mano tan generosa: ¿y qué hubiera sido de tí entonces?

A medida que hablaba apretaba cada vez mas á su hija.

—Tenias cuatro años; eras un débil pinpollo sin desarrollar, y sin un padre tierno que velara tu cuna, ¿hoy serias víctima ó

de la muerte ó del infortunio. Hernan me salvó la vida, y salvándome la vida él, me ha conservado mi hija que labra mi felicidad.

Y anegado en cariño levantó el turbante de Zahra é imprimió un beso en su frente:

—Qué no haria yo por Hernan? prosiguió luego.

—Salvar á su hijo; respondió Zahra sonriendo. Hernan amará á Fortun tanto como vos me amais á mí; y guardando á este la vida haceis el mayor beneficio al hijo y al padre.

Al llegar aquí fué interrumpida la conversacion entre el Emir y la Princesa, por las pisadas que se comenzaron á oir en las escaleras. El primero se manifestó impaciente por ver al hijo de su bienhechor, á quien jamás habia olvidado, y la segunda, sentada junto á su padre, se replegó el manto con donaire, se arregló el turbante, y por vez primera bajó los ojos al recibir un hombre.

Pasado un segundo, se presentó en la cámara del Emir el prisionero, acompañado de Als-far, del Albacir y de cuatro alfaraces, los cuales quedaron en la antecámara. Al pisar Fortun la habitacion real, dirigió á la Princesa su primera mirada, y á la luz del dia vió reunidas en una mujer, aquellas formas perfectas, que pocos momentos antes creyó delirios de su imaginacion acalorada. Zahra y su padre reconocieron tambien en Fortun un mancebo gallardo. Jóven de 24 años; de dulce fisonomia, y bien plantado, rechinaba á sus movimientos la armadura de acero que le cubria el cuerpo; y el triple penacho de su capellina sobresalía entre los turbantes escachados que le rodeaban, como las copas de los granados y de las higueras sobre las simétricas almenas de las murallas del castillo.

Acogida la Princesa junto á su padre permanecia en silencio: el ténue rosado de sus mejillas se habia convertido en suvido carmin; y su corazon palpitante experimentaba un sentimiento que hasta entonces le habia sido desconocido. Tambien el Emir se hallaba agitado; tambien hubiera deseado alargarle desde luego la mano; porque en el pecho de Als-jerib ocupaba el primer lugar el agradecimiento; pero maestro por su edad en la escuela de la esperiencia, conoció que podia en-